

EDICIÓN
HOMENAJE
CUENTOS
DE POLIDORO



Historias de América



Presidencia
de la Nación

Ministerio de
Educación

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRO DE EDUCACIÓN

Alberto Sileoni

SECRETARIO DE EDUCACIÓN

Jaime Perczyk

JEFE DE GABINETE

Pablo Urquiza

SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA

Gabriel Brener

EDICIÓN
HOMENAJE
CUENTOS
DE POLIDORO



Historias de América



Subsecretaría de Equidad
y Calidad Educativa
Ministerio de Educación
Presidencia de la Nación



PLAN NACIONAL DE LECTURA

Coordinadora Plan Nacional de Lectura

Adriana Redondo

Coordinadora editorial

Natalia Volpe

Investigación biográfica

Jéssica Presman

Silvia Pazos

Diseño

Juan Salvador de Tullio

Elizabeth Sánchez

Mariel Billinghamurst

Digitalización de ilustraciones

Nahuel Cañada

Revisión

Silvia Pazos

Agradecemos a:

Los autores, ilustradores y sus herederos, a quienes les dedicamos esta Edición Homenaje.

Beatriz Ferro y Beatriz Doumerc, por haber avalado la iniciativa con entusiasmo.

Isol por promover este proyecto; a Judith Gociol y Pablo Medina por el asesoramiento.

Y a todos los que nos brindaron su aporte: Irene Spivacow, Miguel Spivacow, Mariana Díaz, Gabriel Barnes, Pablo Conti, Nelda Abed, Lorenzo Amengual, María Teresa Andruetto, Lidia Blanco, Guillermo David, Laura Devetach, Susana Fitere, Istvansch, Susana Itzcovich, Juan Lima, Ángela Ruggiero, Julia Saltzmann, Carlos Silveyra, Amanda Toubes.

ALJA, Asociación La Nube, Argentores, Biblioteca Nacional, CEDILIJ.

La publicación de los textos e ilustraciones ha sido autorizada por sus autores y/o herederos, salvo en aquellos casos en que las búsquedas no permitieron hallar datos.

Anónimo

Historias de América : homenaje cuentos de Polidoro / Anónimo ; adaptado por Beatriz Ferro y Yalí ; ilustrado por Ignacio D. Corbalán y Amalia Cernadas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación de la Nación, 2014.

144 p. : il. ; 25x19 cm. - (Homenaje Cuentos de Polidoro / Adriana Redondo; 3)

ISBN 978-950-00-1041-2

1. Fomento del Libro y la Lectura. I. Beatriz Ferro, adapt. II. Yalí, adapt. III. Corbalán, Ignacio D., ilus. IV. Cernadas, Amalia, ilus.
CDD 028

Fecha de catalogación: 11/09/2014

Prólogo

Los Cuentos de Polidoro vuelven a las manos de niñas y niños, a las de sus padres, abuelos y educadores. Esta *Edición homenaje* publicada por el Ministerio de Educación de la Nación es un genuino reconocimiento a la producción innovadora en libros infantiles que desplegó el Centro Editor de América Latina.

De la mano de Boris Spivacow, junto a un entusiasta y creativo grupo de colaboradores, este proyecto editorial de vanguardia se sostuvo en nuestro país desde 1966 hasta 1995. Sus colecciones promovieron la democratización de la cultura nacional y universal a través de materiales accesibles, atractivos y de excelente calidad para todas las edades.

En esta edición de los Cuentos de Polidoro, se reúne una selección de narraciones que en varios tomos entrelaza cuentos clásicos, leyendas latinoamericanas y mitos europeos junto a las inefables historias de Don Quijote de la Mancha. Valiosos autores, adaptadores e ilustradores hicieron de cada una de ellas un encuentro con la belleza, el humor y la imaginación.

Estos libros pasan ahora a formar parte de un conjunto más amplio, conformado por los miles de títulos y millones de ejemplares que a lo largo de estos años hemos enviado a todas las escuelas de nuestra patria, para promover y afianzar la lectura de nuestros niños y jóvenes. En ese universo de palabras e imágenes que hemos puesto a disposición de nuestros docentes, estamos seguros de que ellos sin duda brillarán con luz propia en cada una de las bibliotecas escolares donde sean acogidos.

Queda, entonces, solo compartirlos y disfrutarlos.

Alberto Sileoni

Ministro de Educación

La vuelta de un Quijote

“¿Tengo que enterarme de estas cosas por los libros?”, inquiera el rey en “El ruiseñor”, uno de los relatos que integran esta Edición Homenaje a *Cuentos de Polidoro*, la serie publicada por el Centro Editor de América Latina (CEAL), del mítico Boris Spivacow.

“¡Su Majestad no debe creer en todo lo que lee!”, le responde un servidor. Pero el monarca insiste.

El proyecto esbozado por el editor, por el diseñador Oscar Negro Díaz y por la escritora Beatriz Ferro (pasadas las 60 entregas fue reemplazada por Susana Bahamonde) se concretó en 1967, un año después de fundado el sello. Traducciones, adaptaciones y versiones libres de cuentos clásicos y libres de derechos que se hacían eco de las innovaciones –determinantes para el rumbo que tomó la literatura infantil– impulsadas por poetisas como María Elena Walsh y Javier Villafañe, quienes se dirigían a chicas y chicos con inteligencia y sin didactismos. Los *polidores* explotaban el humor, la ironía, el absurdo y el desparpajo con un lenguaje directo y cotidiano, en un abanico que va desde cuentos duramente crueles a historias de inmensa poesía.

Leídas en esta reedición, algunas de estas historias pueden resultar políticamente incorrectas para los parámetros actuales: desde un padre que acompaña pasivamente el abandono de sus hijos y un chico que roba y mata a un gigante sin ser castigado, hasta relatos que se refieren a los indios y no a las culturas originarias. Un valor adicional de esta nueva publicación es poder poner en debate las concepciones culturales de entonces y de ahora.

El mayor impacto lo causaba –y todavía lo causa– el tratamiento gráfico de la serie: bellas y variadas técnicas pictóricas y de diseño que sorprendían, desconcertaban y provocaban a los chicos, en un momento en que las ilustraciones estaban más bien relegadas a una función de paratextos. Aquí las imágenes no acompañan a las palabras sino que posibilitan una lectura independiente. Los *polidores* fueron ilustrados por dibujantes sabiamente detectados, que por esos años publicaban sus primeros trabajos y luego fueron reconocidos artistas.

Con esta serie, además, el Centro Editor probó la venta semanal en quioscos,

un sistema que resultó un éxito sin precedentes y se volvió una marca de fábrica, junto a otra gran innovación: la publicación de materiales en fascículos. Pero sin duda, lo más revolucionario del proyecto de Spivacow fue la combinación entre precio, cantidad y calidad. El editor sostenía que un libro debía costar “el equivalente a un kilo de pan”. Y no hay nada más sabiamente subversivo –en el mejor sentido de la palabra– que relacionar estos dos alimentos básicos.

El CEAL llegó a lanzar unos 5.000 títulos en más de 70 colecciones y, aún desde el ámbito privado, resultó la propuesta *pública* de promoción de la lectura de mayor envergadura que tuvo este país. Por eso, que esta nueva publicación parta de un ámbito oficial es una señal digna de destacar.

Los 80 relatos que componen los *Cuentos de Polidoro* tuvieron por lo menos tres ediciones realizadas por el propio Centro (1967/1977/1985) y luego compilaciones en tapa dura como *El mundo encantado de los cuentacuentos*, *Cuentos para niños* y *Los hermosos libros*, algunas de las cuales se vendían a crédito. Varios títulos de la serie fueron reeditados en México –en convenio con la Secretaría de Educación Pública– y también aparecieron en Bolivia en una tirada especial de la Secretaría Nacional de Educación. Prueba de que se trataba de un material de avanzada es que cada una de esas veces suscitó un gran interés.

Los tomos que ahora se presentan no incluyen el contenido total de los fascículos lanzados a partir de 1967, sino una selección reagrupada, basada –quizás– más en la potencia gráfica que en los contenidos de los relatos.

En la versión original, el último libro publicado es *La vuelta de Don Quijote*, un bello canto de amor a la literatura. Que esta colección empiece con esa misma historia es, además, otro gesto de reconocimiento a Spivacow, considerado por muchos un Quijote: un editor voraz, soñador y empedernido que, como el monarca de “El ruiñeñor”, encontró en los libros la verdad.

Judith Gociol

Periodista e investigadora de temas culturales

Tesoro recobrado

Durante los últimos años, con varias personas y en algunos artículos hablé de mis ansias por ver publicada una reedición de los Cuentos de Polidoro, que hasta hoy eran libros de culto para algunos memoriosos. Conversamos en distintas oportunidades con Beatriz Ferro, que agradeció y se interesó mucho por la iniciativa. También se entusiasmó Beatriz Doumerc (escritora y esposa de Ajax Barnes). Lamentablemente no pudieron ver este proyecto concretado. Es raro lo que sucede con los libros que uno ama, y más con los que acompañaron en la infancia. Son parte de la familia, serán personajes de nuestros sueños para siempre.

Me emociona pensar que esta edición es un homenaje, un agradecer. A todos esos escritores y dibujantes les agradezco el hecho de no haber mezquinado la emoción y la búsqueda en el trabajo a realizar, sin prejuicios acerca de su público infantil, con respeto por el lector y por su propia creación, poniendo toda la carne al asador en lo que hacían. Contagian libertad. Y por suerte no me habían vacunado contra eso.

Ilustradores como Sábato, Ajax Barnes, Napoleón, Grillo, Alba Ponce y otros de los que participaron en esta colección hicieron unos dibujos que se quedaron a vivir en mi retina, casi como un criterio estético. Sus imágenes constituyen mi folclore como ilustradora, una mirada que me influyó y me sedujo de niña con la lectura de esas fascinantes historias. Y siguen siendo apetitosas al paladar contemporáneo como si fueran manzanas frescas... Cuando muestro estas obras en el exterior se quedan con la boca abierta por su potencia y libertad estética.

El hecho de que vuelvan para nuevas generaciones de argentinos es riqueza cultural recobrada, y siento mucho orgullo de esta herencia. Una alegría, además, que se distribuyan en escuelas y bibliotecas de todo el país. No se me hubiera ocurrido un plan mejor ni un homenaje más lindo.

¡Ahora, a disfrutar!

Isol

Ilustradora



Hans Cristian Andersen

Dinamarca, 1805-1875. Publicó poesía, teatro, novelas y libros de viaje, aunque se popularizó por los cuentos de hadas. Entre sus más de 150 relatos, se encuentran *El patito feo*, *El soldadito de plomo*, *La Sirenita*, *El ruiseñor* y *El traje nuevo del emperador*. Ha sido traducido a más de 80 idiomas y sus cuentos fueron adaptados a ballet, cine, teatro y obras plásticas.



Charles Perrault

Francia, 1628-1703. Trabajó como funcionario y compuso muchas loas al rey Luis XIV. Recién a los 55 años publicó *Historias o cuentos del pasado*, más conocido como *Cuentos de mamá Oca*, primera edición escrita de, entre otros, *Caperucita Roja*. Se trata de uno de los primeros trabajos de recopilación de las historias de tradición oral. A cada relato, Perrault le agregó sobre el final una sentencia o enseñanza moral.



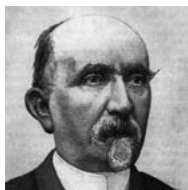
Jakob Grimm y Wilhelm Grimm

Alemania, 1785-1863 y 1786-1859. Tras egresar de la Universidad de Marburgo, se dedicaron al estudio de la lengua, tanto desde la investigación como desde la docencia. Su gran interés por los cuentos folclóricos se concretó en la publicación de *Cuentos para la infancia y el hogar* (1812 y 1815), una recopilación en dos volúmenes de antiguos relatos de tradición oral adaptados para niñas y niños, como *Cenicienta*, *Rapunzel*, entre otros.



Miguel de Cervantes Saavedra

España, 1547-1616. Poeta y dramaturgo, es considerado el gran representante de la lengua española y uno de los padres de la novela moderna. En 1605 publicó *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* y diez años después su continuación, *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. Las andanzas del hidalgo y su compañero Sancho Panza parodian los relatos de caballería y se convirtieron en un éxito inmediato. Hasta hoy, es el libro más traducido y editado de la historia, solo superado por la *Biblia*.



Carlo Collodi

Italia, 1826-1890. Periodista y autor, escribió novelas y comedias, e ingresó a la literatura infantil en 1875 con *Racconti delle fate*, una traducción de los cuentos de hadas en francés de Charles Perrault. En 1880 comenzó a publicar por entregas *Storia di un burattino* (Historia de un títere) también llamado *Bambinino*, que salía semanalmente en *Il Giornale dei Bambini* (el primer periódico italiano para niños). Esa serie integrará luego *Las aventuras de Pinocho*.

Quiénes cuentan



Horacio Clemente

Argentina, 1930.

Escritor, periodista, fotógrafo; historietista de *Misterix y Rayo rojo*. Sus cuentos para chicos se publicaron en diarios y revistas infantiles, como *Humi* y en muchas editoriales. En el CEAL escribió para Cuentos de Polidoro, adaptando relatos de *Las mil y una noches*; también participó de la colección Libros del Quirquincho bajo la dirección de Graciela Montes.



Neli Garrido de Rodríguez

Argentina, 1942.

Escritora. Fue titiritera, docente y periodista en diversos medios. Su obra fue distinguida, entre otros, por la SADE (*Leyendas argentinas*) y por la Cámara Argentina de Publicaciones (*100 Cuentos*). Para la colección Cuentos de Polidoro escribió *El príncipe que perdió la risa*, *El hada Globo Azul*, entre otros.



Beatriz Doumerc

(Beatriz Barnes)

Argentina, 1929-2014.

Escritora, formada en Bellas Artes. En colaboración con su marido, el ilustrador Ajax Barnes, publicó decenas de libros, principalmente dirigidos a chicas y chicos. En el CEAL escribió para la colección Los cuentos del Chiribitil: *Vuela, Mariquita y Tatarafábulas*; para la colección El mundo encantado de los cuentacuentos; y para la colección los Cuentos de Polidoro: *La cigarra y la hormiga*, *El rey y el leopardo*, entre otros.



Beatriz Ferro

Argentina, s/d-2012.

Escritora, periodista e ilustradora, fue precursora en la edición de libros para la infancia. En Editorial Abril, dirigida por Boris Spivacow, escribió para las colecciones Bolsillitos y Gatito, junto a Héctor Oesterheld (con el seudónimo de Héctor Puyol), Inés Malinow, Pedro Orgambide. Ideó, dirigió y redactó los fascículos de la enciclopedia *El Quillet de los niños*, con ilustraciones de Oski, Enrique Breccia, Ajax Barnes y el diseño de Oscar Negro Díaz. Junto a María Elena Walsh elaboró la *Enciclopedia Veo Veo*, de Editorial Hyspamérica. Estuvo a cargo de las colecciones infantiles de Eudeba y el CEAL, donde dirigió las míticas colecciones del Chiribitil y Cuentos de Polidoro. Fue candidata al premio Hans Christian Andersen en 2008.



Cristina Gudiño Kieffer

Argentina, 1946.

Vive en Buenos Aires. Es autora de cuentos para chicas y chicos y colaboró en la redacción de enciclopedias infantiles. Sus relatos fueron publicados en la Argentina, España y México. En el CEAL, para la colección Cuentos de Polidoro, adaptó y escribió: *La tierra ya está hecha*, *Teseo y el Minotauro*, *Pandora*, *Las aventuras de Ulises*, *La flecha mágica*, y la serie de *Don Quijote*, entre otros.



Inés Malinow

Argentina, s/d.

Escritora. Estudió Letras, dictó talleres de escritura, publicó poesía y narrativa. Cuenta con una vasta trayectoria en el ámbito infantil. Para la colección Bolsillitos de la Editorial Abril, creó las series Cucucito, Escamita, Inosito y Pepe Bolsillitos. En el CEAL escribió para la colección Cuentos de Polidoro: *Pinocho en el país de los juguetes*; *Pinocho y la ballena*; *Pinocho, el gato y la zorra*, entre otros.



Aurelio Queirolo

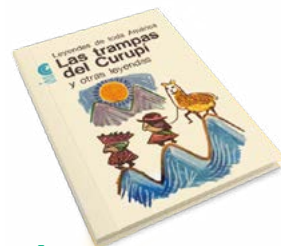
s/d. Escritor.

En el CEAL escribió para la colección Cuentos de Polidoro: *El cumpleaños de la Tía Emilia*, *El elefante triste*, *El ratón azul*, *La rebelión de Marfisa* y *El arroyo cantarín*.



Beatriz Mosquera

Argentina, 1940. Vive en Buenos Aires. Escribió para la infancia: *Los cuentos del abuelo*; *Rulo y Pelusa*; *Hermanitos*; y también en la Colección Polidoro. Sus libros de lectura se publicaron en la Argentina, Perú y Venezuela. Luego se dedicó a la escritura teatral (*El llamado*; *La luna en la taza*; *La irredenta*; *Violeta Parra y sus voces*) y a la narrativa (*Nadie tiene por qué saberlo*, entre otros).



Yalí

(Amelia J. Foresto de Segovia)

Argentina, s/d.

Autora de cuentos para chicas y chicos, publicó *Cuentos infantiles*. Escribió y adaptó muchos relatos que integraron la colección Cuentos de Polidoro del CEAL: *Brita y las normas*, *El atado de heno*, *El duende de la granja*, *En el país de los gigantes*, *La pajarita de papel*, entre otros.

Quiénes ilustran

Agi

(Magdalena Agnes Lamm)

Hungría, 1914-1996.
Estudió dibujo, pintura, escultura y diseño de modas en Viena. Emigró a la Argentina en 1940. Fue premiada en el Festival Infantil Internacional, por las ilustraciones de una versión en italiano de *La Sirenita*. En Editorial Abril, participó en la colección Bolsillitos y el Diario de mi amiga. Fue muy reconocida también por sus artesanías, muñecas y tapices inspirados en el arte de pueblos originarios del noroeste argentino.



Chacha

(Sara Amanda Conti)

Argentina, s/d-1984.
Hermana mayor del historietista Oski. Artista plástica, ilustró cuentos para varias colecciones, entre otras: Bolsillitos y Gatito en Editorial Abril. En el CEAL: Los cuentos del Chiribitil, donde dibujó *Los zapatos voladores*, de Margarita Belgrano; *Viaje al País de los Cuentos*, de Graciela Melgarejo; *Chavukú*, de Sofía Laski. También ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *En el país de los gigantes*, *Brita y las nornas*, *El espíritu del bosque*, *El atado de heno*, entre otros.

Ayax Barnes

Argentina, 1926-1993.
Dibujante e ilustrador. Si bien la mayor parte de su tarea se concentró en libros infantiles, elaboró también afiches, papelería, envases y arte de discos. Trabajó en dos colecciones fundantes de la literatura infantil de América Latina: Cuentos de Polidoro y Los Cuentos del Chiribitil, y en la enciclopedia *El Quillet de los niños*, dirigida por Beatriz Ferro. Junto a su compañera, la escritora Beatriz Doumerc, publicó más de veinticinco obras, entre ellas *La línea*, que recibió el premio Casa de las Américas en 1975. Creó, junto a Beatriz Ferro y Oscar Díaz, el logo del elefante para la colección del CEAL.

Ignacio Corbalán

Argentina, 1931-1999.
Artista plástico y fotógrafo. Se formó en el taller de Demetrio Urruchúa y luego en fotografía y diseño. Realizó producciones fotográficas para diversas editoriales. En el CEAL, tanto en los libros infantiles como en las colecciones para adultos, hizo innumerables fotografías y portadas, como la serie Encuentro; y la colección Mi país, tu país; entre otras. Fue coautor, junto a Fermín Chávez y María Inés Duke, de muchos ejemplares de la serie La Historia Popular: Vida y milagros de nuestro pueblo.

Amalia Cernadas

Argentina, 1939.
Vive en Buenos Aires. Se dedicó intensamente a la literatura infantil como ilustradora. En el CEAL fue editora de arte y también dibujó algunos libros de la colección Cuentos de Polidoro: *Los dioses campeones*, *La selva del Yasi-Yateré*, *El árbol de la luna*, *El cuento de la noche*, entre otros.

Gioia Fiorentino

s/d. Ilustradora, artista y escenógrafa. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *El cumpleaños de la Tía Emilia*, *El elefante triste*, *El ratón azul*, *La rebelión de Marfisa* y *El arroyo cantarín*, entre otros.





Marta Gaspar

Argentina, 1938.

Desde mediados de los 70 vive en Europa. Artista plástica, comenzó a pintar siendo muy joven; su primera muestra fue en 1963 en Rosario. Realizó exposiciones en Nueva York, y ciudades de Italia y Francia; con su marido Napoleón (Antonio Mongiello Ricci) expuso *Mon cirque à moi*, en París en marzo de 2012. En el CEAL ilustró para la colección Cuentos de Polidoro: *La cigarra y la hormiga*, *La zorra y las uvas*, *El rey y el leopardo*, entre otros.

Alba Ponce

Argentina, s/d. Grabadora. Entre otros, ilustradora de: *Poemas para niños*, de Elsa Bornemann, de la Colección Pétalos; *Poesía infantil. Estudio y antología*; y en el CEAL, para la colección Cuentos de Polidoro: *El hada Globo Azul*, *El príncipe que perdió la risa*, *Meñique*, entre otros.



Oscar Grillo

Argentina, 1943.

Vive en Londres. Artista plástico, ilustrador y dibujante de historietas. Estudió en la entonces vanguardista Escuela Panamericana de Arte y publicó por primera vez en la revista *Tía Vicenta*. Realizó ilustración editorial, publicidad y cine. Desde fines de los 60 trabaja en animación: junto a Ted Rockley fundó Klacto Animations donde produjo cortometrajes y comerciales; colaboró en televisión (*Popeye*) y participó en superproducciones como *Toy Story* y *Men in Black*.

Hermenegildo Sábat

Uruguay, 1933. Vive en Buenos Aires. Artista plástico, docente, caricaturista. publicó libros de pintura, música, literatura, actualidad argentina e internacional, y realizó numerosas exposiciones. Su trayectoria ha sido distinguida con importantes premios, entre ellos Personalidad Emérita de la Cultura Argentina; el María Moors Cabot al periodismo, de la Universidad de Columbia, Nueva York; el Premio Nacional Pedro Figari de Pintura, en Uruguay; y Premio Homenaje de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano dirigida por Gabriel García Márquez.

Napoleón

(Antonio Mongiello Ricci)

Argentina, 1942.

Vive en Francia.

Artista plástico y dibujante. Comenzó a publicar a fines de los 50 en *Tía Vicenta* y más tarde en *Leoplán*, *Adán*, *Noticias*, *Satiricón*. Radicado desde 1976 en Europa –donde cambió su seudónimo por Napo–, desarrolló una intensa actividad como humorista e ilustrador en importantes editoriales y publicaciones en Francia, Alemania, España e Italia. Además, realizó exposiciones individuales y colectivas en diversos países europeos y Estados Unidos.





Eireté la indiecita

Adaptado por: Yalí

Ilustrado por: Ignacio Corbalán



Allí donde el río da una vuelta y los ceibos echan sus flores
más rojas que el fuego, vivían, en su choza,
nueve indiecitas hermanas.
De las nueve indiecitas, ocho tenían nombre de flor,
pero la última, la pequeñita, se llamaba Eireté, que quiere decir,
en la lengua de los guaraníes, miel de abeja.

A la mañana, muy temprano, cuando el Sol despertaba a las campanillas silvestres, las indiecitas también se despertaban. Sí, se despertaban y se levantaban, todas, menos Eireté. Eireté dormía mientras sus hermanas molían el maíz en el mortero. Eireté bostezaba mientras sus hermanas cuidaban las plantas del sembrado, y mientras sus hermanas amasaban el barro y modelaban cacharros y jarras y marmitas, Eireté se decía:
—¿Dejo o no dejo la hamaca?
Y no la dejaba. Continuaba tendida, bostezando..., boste...zzz... ando...



De las nueve indiecitas, ocho trabajaban, corrían y jugaban. Solo una, Eireté, tenía siempre pereza para todo: para vestirse, para peinarse, para ir con el cántaro a traer agua del río. Una mañana, las hermanas de Eireté, le dijeron: –Levántate. Vas a ir con nosotras a buscar juncos y hierbas para hacer cestos. Levántate enseguida, Eireté. Siguiendo el río, entraron en el bosque. Allí, las indiecitas comieron los frutos dulces del mburucuyá*, y miraron volar y volar a Mainumbí, el picaflor, vestido con su precioso traje de todos colores. Andando y andando pasaron bajo la rama donde Ayurú, el papagallo, se peinaba las plumas, y Ayurú

*Mburucuyá: pasionaria o pasiflora.



les gritó los buenos días. Andando y andando pasaron junto a la palmera donde vivía Ca-í, el monito, y Ca-í las saludó con la mano.

Por la orilla del río, por el medio del bosque, siempre en fila, caminaban y caminaban las nueve indiecitas, ocho indiecitas delante, y una, Eireté, bastante, pero bastante más atrás. Así llegaron adonde los juncos eran flexibles y las hierbas elásticas, y los cortaron y los ataron y los cargaron sobre sus cabezas. Ya era mediodía cuando las indiecitas iniciaron el camino de vuelta, ocho hermanitas delante y Eireté cada vez más atrás, cada vez más atrás...

Tan atrás se iba quedando Eireté que, llegado un momento, ya no vio a sus hermanas. Pero Eireté no se asustó, ni siquiera corrió para alcanzarlas.

Se sentó en el suelo y se entretuvo, mientras bostezaba, mirando las plantas y los animalitos del bosque. Tan quieta se estaba, que Panambí, la mariposa, se posó sobre su pelo. Cururú, el sapo, se acercó –croac, croac– a contarle los dedos de los pies, y mamá Ca-í dejó que sus monitos jugaran en su derredor a la rueda-rueda.

Así, el tiempo fue pasando. El Sol ya solo alumbraba las ramas altas de los árboles. Pronto, las sombras empezaron a jugar al escondite entre los árboles y llegó la noche. Y con la noche llegaron los aullidos de las fieras, los aletazos de los búhos, el chistar de las lechuzas y el miedo. Sí, entonces Eireté tuvo miedo, y abandonando su haz de juncos y de hierbas, se levantó y empezó a andar: perdida en el bosque, apenas iluminado por la luz de la Luna.

Eireté temía al jabalí, a Yaguareté, el tigre, y temía a la



serpiente, que cuelga de los árboles.
Pero Eireté no conocía el camino para volver a su choza,
y andando al azar, mientras brillaban entre las ramas
fosforescentes ojos desconocidos, mientras oía cuchicheos
extraños... Así anduvo y anduvo la indiecita, hasta que tropezó
con una choza perdida en el medio del bosque. Era la casa
de una vieja india hechicera.





—¡Protégeme de las fieras! —rogó Eireté a la anciana.
La hechicera la hizo entrar en la choza. Todo estaba oscuro.
Solo un rayo de Luna, que entraba por la ventana, iluminaba
un rincón.
—Eireté —le aseguró la vieja india—, quiero ayudarte. Pero solo
tengo poder sobre las fieras durante el día. Si el jabalí o el tigre
vienen a buscarte de noche, no los podré detener. Tampoco
podré detener a la serpiente.

—¡Protégeme, hechicera! —volvió a suplicar Eireté.
Eireté tenía la voz dulce. Tan dulce como su nombre -miel de abeja-, y la vieja india se dejó conmover.
—Te esconderé de las fieras —le dijo—. Te convertiré durante toda esta noche en una arañita, para que no te encuentren. Y le dio a Eireté un ovillo de hilo fino.
—Teje, teje —le encareció—. Mientras tejas, serás una araña. Pero volverás a ser una indiecita tan pronto como dejes de tejer. Eireté comenzó a trabajar el hilo. Y su tejido fue una hermosa tela de araña, colgada en un rincón de la choza. Una fina tela de araña iluminada por la Luna, que entraba por la ventana.





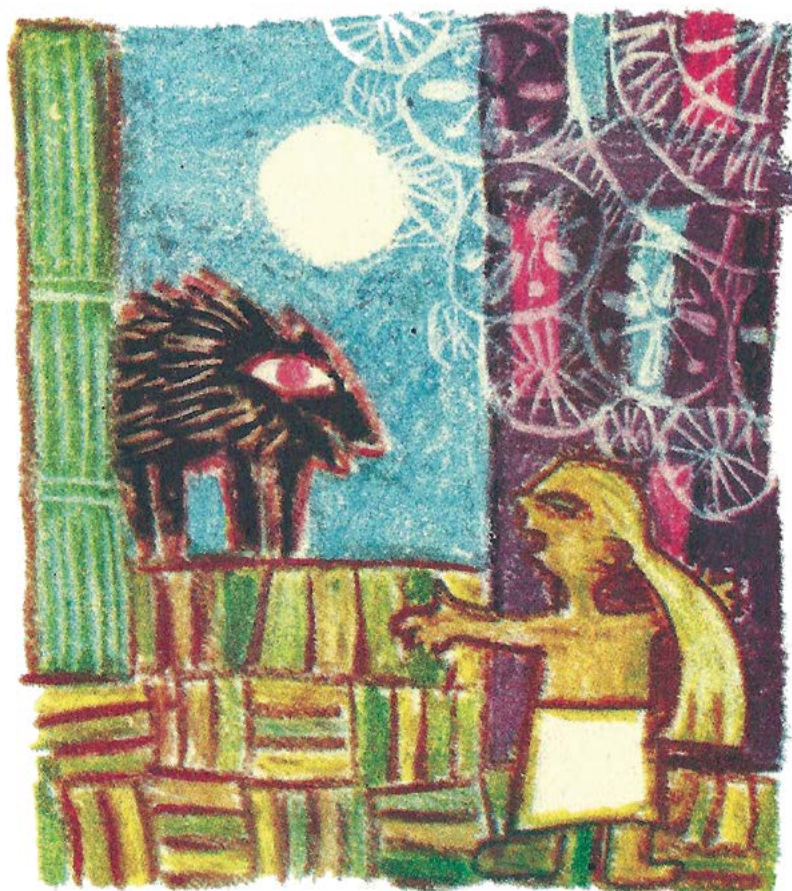
Y así, durante horas y horas, tejió y tejió Eireté. Pasó el jabalí. Espió por la ventana, y solo vio una arañita ocupada en tender los hilos de su tejido.

Y luego pasó Yagüareté, el tigre. Y más tarde la serpiente se descolgó de una rama y asomó la cabeza chata por la ventana. Pero ni Yagüareté, ni la serpiente, ni el jabalí, sospecharon que en la choza se escondía una indiecita.

Sí, Eireté trabajó una hora, dos horas, tres... Pero Eireté no estaba acostumbrada a trabajar. Y entonces se cansó y dejó de tejer.



Poco a poco la arañita fue convirtiéndose en una niña,
y el rayo de Luna alumbró en el rincón a Eireté,
junto a la fina tela de araña.
Entonces el jabalí, que regresaba de beber en el río,
volvió a asomarse por la ventana de la choza.
—¿Qué tienes ahí, hechicera? —gruñó—. ¡Esa niña es mía!
Y clavó los colmillos en la puerta y la sacudió,
para abrirla y entrar.
Eireté, asustada, empezó a tejer y a tejer otra vez...





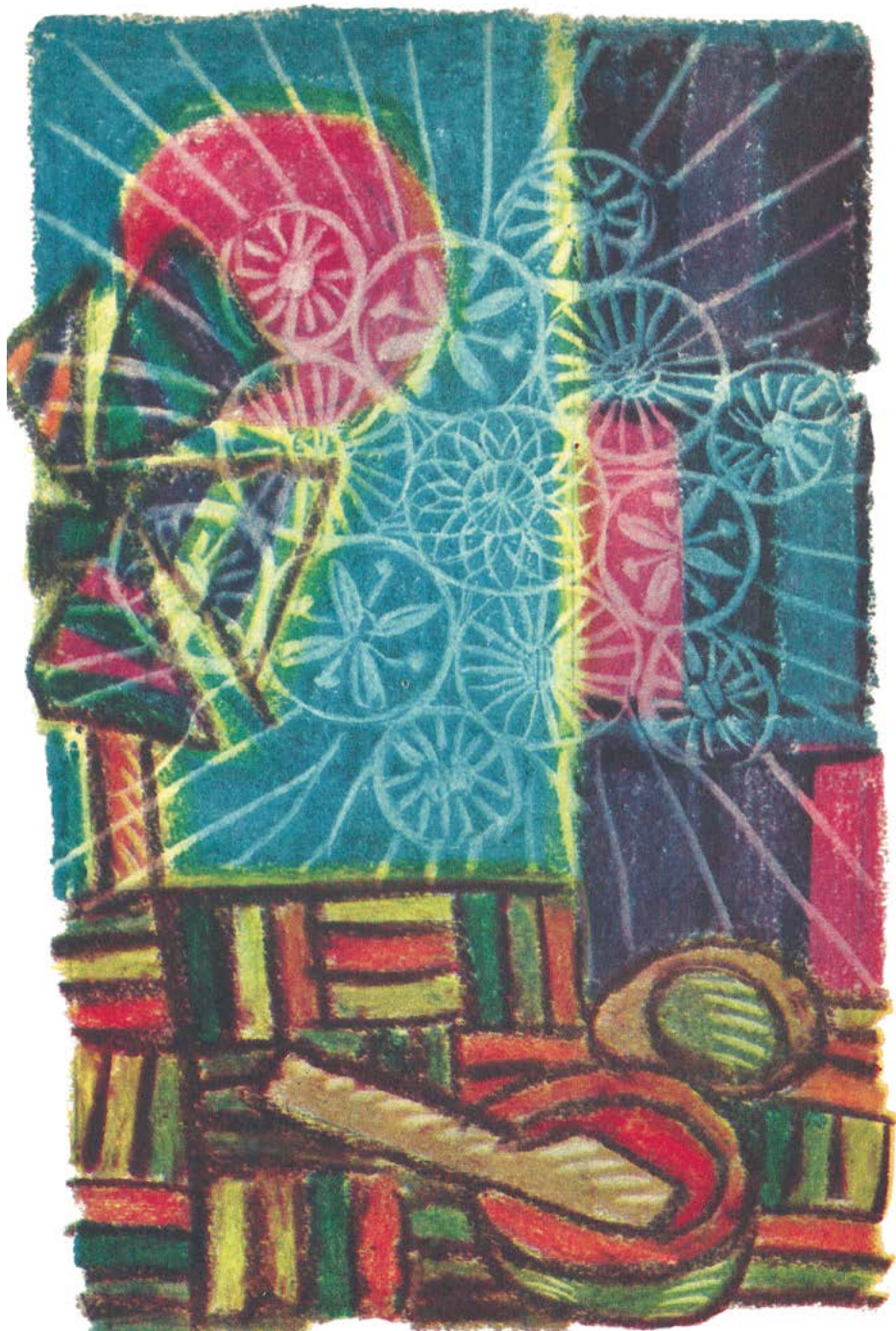
Y cuando el jabalí pudo abrir la puerta y entró, solo vio una arañita tejedora sobre la tela. Y se fue.

Eireté tenía sueño, mucho sueño, y el trabajo la cansaba mucho. Entonces abandonó la telaraña y descansó. Y cuando dejó de tejer, otra vez volvió a ser una indiecita.

Yagüareté, el tigre, regresaba de cazar, enojado porque se le habían escapado casi todas las presas. Yagüareté, el tigre, al pasar, quiso mirar de nuevo por la ventana de la choza de la hechicera. Y entonces vio a Eireté, casi dormida, al lado de la telaraña.

—¿Qué tienes allí, hechicera? —rugió Yagüareté.

Y lanzó su cuerpo con fuerza contra la puerta.



Eireté se despertó y comenzó a tejer. Y cuando el tigre entró, solo vio una arañita hacendosa. Y como antes el jabalí, también Yaguareté se fue.

Ya no faltaba mucho para que saliera el Sol. Eireté tejía y tejía cada vez más fatigada, cada vez más soñolienta. Al fin, tejiendo y tejiendo se durmió.

Y entonces la serpiente se asomó por la ventana. ¡Y no vio una arañita, no! Vio una indiecita dormida. Y pasó la cabeza, y empezó a pasar el cuerpo...

Y estaba casi dentro ya, cuando Eireté se despertó.





La indiecita, recogiendo el extremo de su hilo, tejió y tejió.
Y cuando la serpiente metió todos sus anillos en la choza de la
hechicera, Eireté era otra vez una arañita escondida entre las
pajas del techo.
Entretanto había salido el Sol. Y la vieja india había recuperado
su poder sobre todos los animales del monte. Así que, tomando
a Eireté de la mano, pudo llevarla sin peligro hasta la choza
de sus hermanas, en el recodo del río, donde florecen los ceibos.

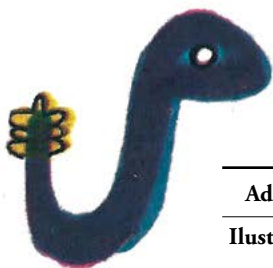
Eireté nunca volvió en adelante a convertirse en arañita,
aunque siguió tejiendo y tejiendo de la mañana a la noche,
un día y otro día.

Y enseñó a tejer a sus hermanas ese hermoso tejido,
hasta entonces desconocido, que parece formado por muchas
telas de arañas. Ese tejido que se llama ñandutí.





El Fuego y los cuentacuentos



Adaptado por: Beatriz Ferro

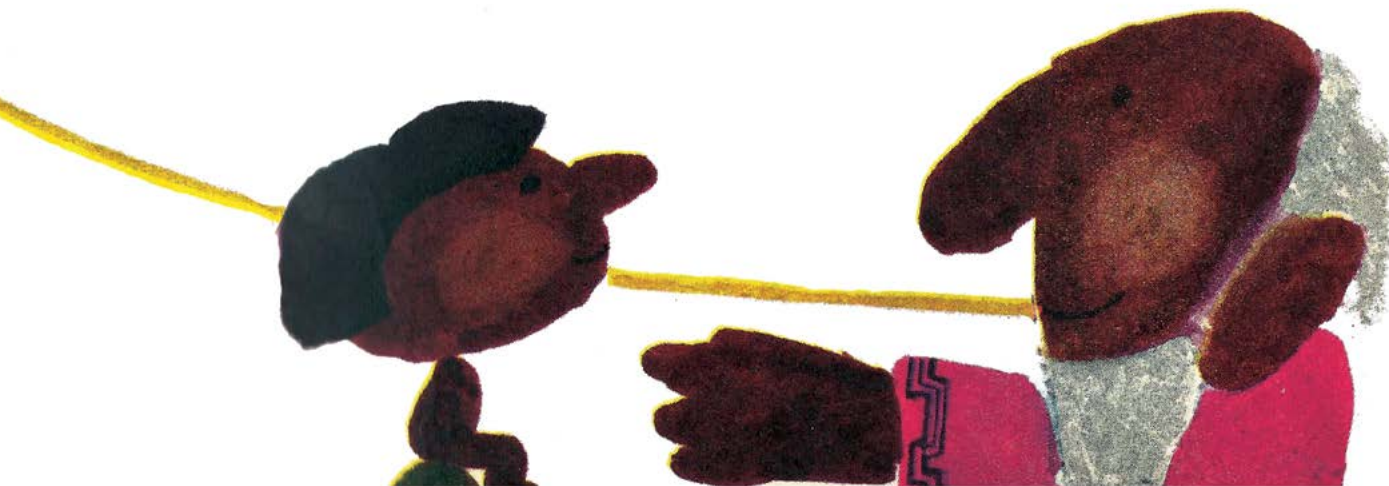
Ilustrado por: Amalia Cernadas

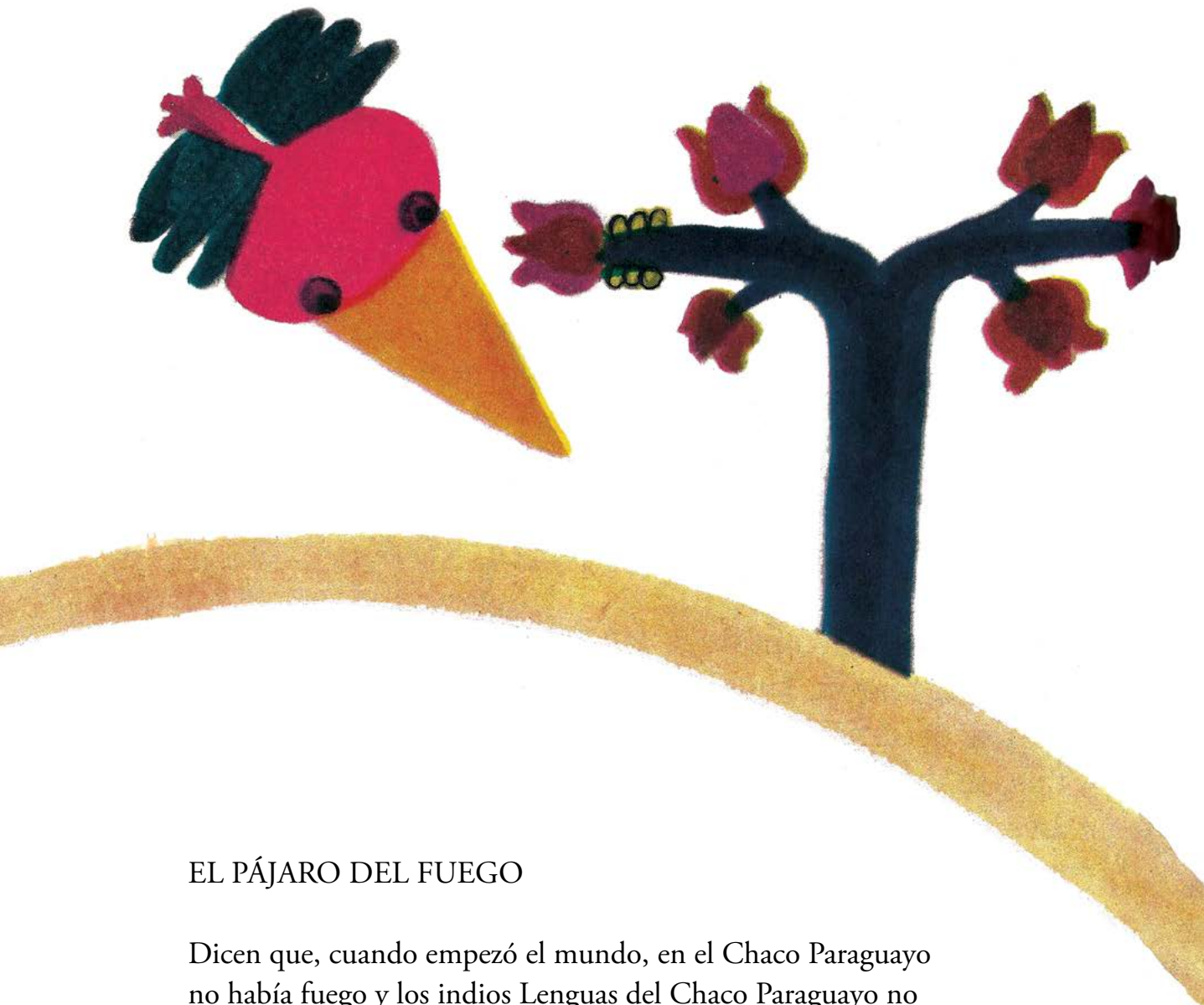




EL FUEGO Y LOS CUENTACUENTOS

Nosotros no inventamos las historias de este libro; las imaginamos hace cientos y cientos de años los indios de América y los cuentacuentos de las tribus se las contaron a los mayores y a los niños. Los indios explicaban con un cuento las cosas más misteriosas; por ejemplo, cómo obtuvieron el fuego los hombres cuando en las tierras de América aún no había fuego. Ocho de esas historias están en este libro, para que también las escuchen ustedes.





EL PÁJARO DEL FUEGO

Dicen que, cuando empezó el mundo, en el Chaco Paraguayo no había fuego y los indios Lenguas del Chaco Paraguayo no conocían el resplandor ni el calor de las fogatas y comían cruda su comida.

Un día, un indio salió temprano a cazar, pero no cazó nada. A mediodía sintió tanta hambre que se acercó a un pantano y recogió algunos caracoles; estaba comiendo los caracoles crudos cuando, de pronto, del pantano salió un gran pájaro con un caracol en el pico. El gran pájaro voló hasta un árbol que estaba un poco más lejos, dejó el caracol cerca del tronco y volvió a buscar más.

El indio vio todo esto y vio también que cerca del árbol se elevaba una columna de humo.

“Es una nube celeste que brota de la tierra”, pensó, porque nunca había visto el humo, ni siquiera conocía la palabra humo.

Cuando el gran pájaro se alejó un poco más, el indio fue hasta el sitio donde brotaba el humo y allí vio muchos palos puestos en círculo, punta con punta; los extremos eran rojos y daban calor.

Y cerca de los palos vio a los caracoles que el pájaro había puesto a cocinar; entonces se acercó y probó dos o tres caracoles; los encontró tan deliciosos que se dijo:

—Nunca más comeré comida cruda; ni yo, ni mi familia, ni mis amigos, nadie comerá comida cruda.





Después tomó unos cuantos palos y escapó corriendo. Corriendo, llegó a la aldea, mostró a su gente el tesoro que había encontrado y todos se maravillaron. Enseguida arrimaron leña seca a los palos para mantener vivo el fuego, y esa noche hubo fiesta porque, por primera vez, la gente de la tribu comió comida cocida.

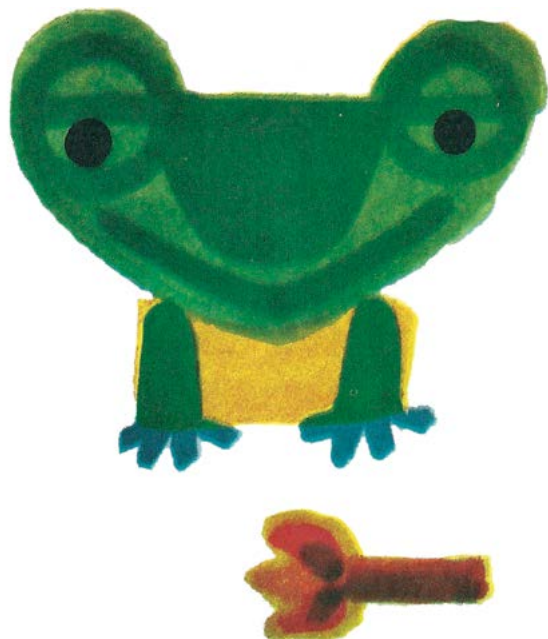
Cuando el gran pájaro descubrió el robo se enfureció y quiso vengarse de los indios Lenguas, subió a lo más alto del cielo y fabricó una tormenta para apagar el fuego: sus ojos chispeantes despidieron rayos y, cuando golpeó las alas contra su cuerpo, retumbaron los truenos. Pero todo fue inútil: ni diez tormentas juntas pudieron apagar el fuego que guardaban los hombres.



LOS NIÑOS Y EL SAPO

Los Chiriguanos eran una tribu muy poderosa de Bolivia, y los cuentacuentos Chiriguanos dicen que hace mucho tiempo hubo una terrible inundación en sus tierras. Tan grande fue, que todos los hombres se ahogaron y todos los fuegos se apagaron. Solamente se salvaron un niño y una niña. También se salvaron los peces, y estos peces eran lo único que los niños tenían para comer, pero no había fuego para cocinarlos.





Los cuentacuentos Chiriguano dicen que entonces los ayudó un sapo. El sapo había sido muy previsor y, antes de que la inundación apagara las fogatas, había llevado en su boca unos carbones encendidos, que escondió en un hoyo bajo tierra. Día y noche había soplado sobre los carbones para mantenerlos encendidos. Por fin, cuando la tierra estuvo seca de nuevo, el sapo salió del hoyo, fue al encuentro de los niños y les regaló el fuego.

Así fue como los niños comieron pescado cocido, y crecieron, y se casaron. Y dicen que formaron una familia tan grande que de sus hijos salió toda la tribu de los Chiriguano.





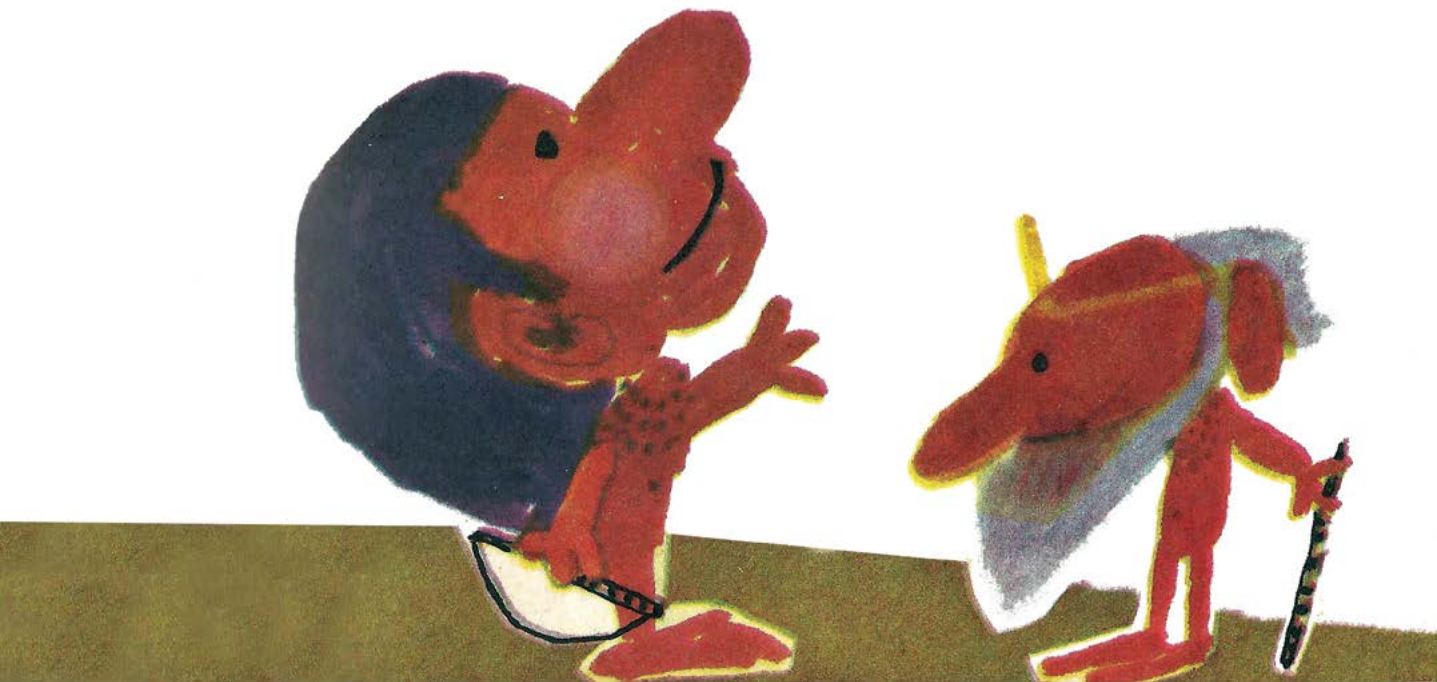
KUMAFARI EL JOVEN

Los indios Sipaia, del Brasil, cuentan que había una vez un gran héroe llamado Kumafari el Joven; le decían el Joven porque era hijo de otro gran héroe, Kumafari el Viejo.

En aquellos tiempos el buitre andaba siempre revoloteando por ahí con un tizón encendido entre las garras, burlándose de Kumafari y de su gente porque no tenían el fuego.

“Hay que robarle el fuego”, pensó Kumafari el Joven, pero no sabía cómo.

Entonces observó que el buitre siempre hacía lo mismo: se posaba en un árbol, dejaba el tizón entre las horquillas



de la ramas y después bajaba al suelo, a comer basura.

Ese era el momento de robarle el fuego.

Kumafari utilizó todas las estratagemas para apoderarse del tizón: una vez se hizo el muerto, otra vez se convirtió en un ciervo, pero el buitre siempre desconfiaba y terminaba por descubrir la trampa.

—¡No me engañas, Kumafari! —gritaba—. ¡Lo que quieres es robarme!

Un día, Kumafari tuvo una idea mejor. Se acostó en el suelo, extendió los brazos y los hundió en la tierra; así sus brazos se convirtieron en dos arbustos de cinco ramas cada uno, una rama por cada dedo de la mano.

Al verlo así tendido, el buitre pensó:

“Esta vez Kumafari está muerto de veras; muerto y sin brazos ni manos para robar el fuego”.

Entonces, se posó en uno de los arbustos y dejó el tizón entre las ramas, sin sospechar que eran los mismísimos dedos de Kumafari.

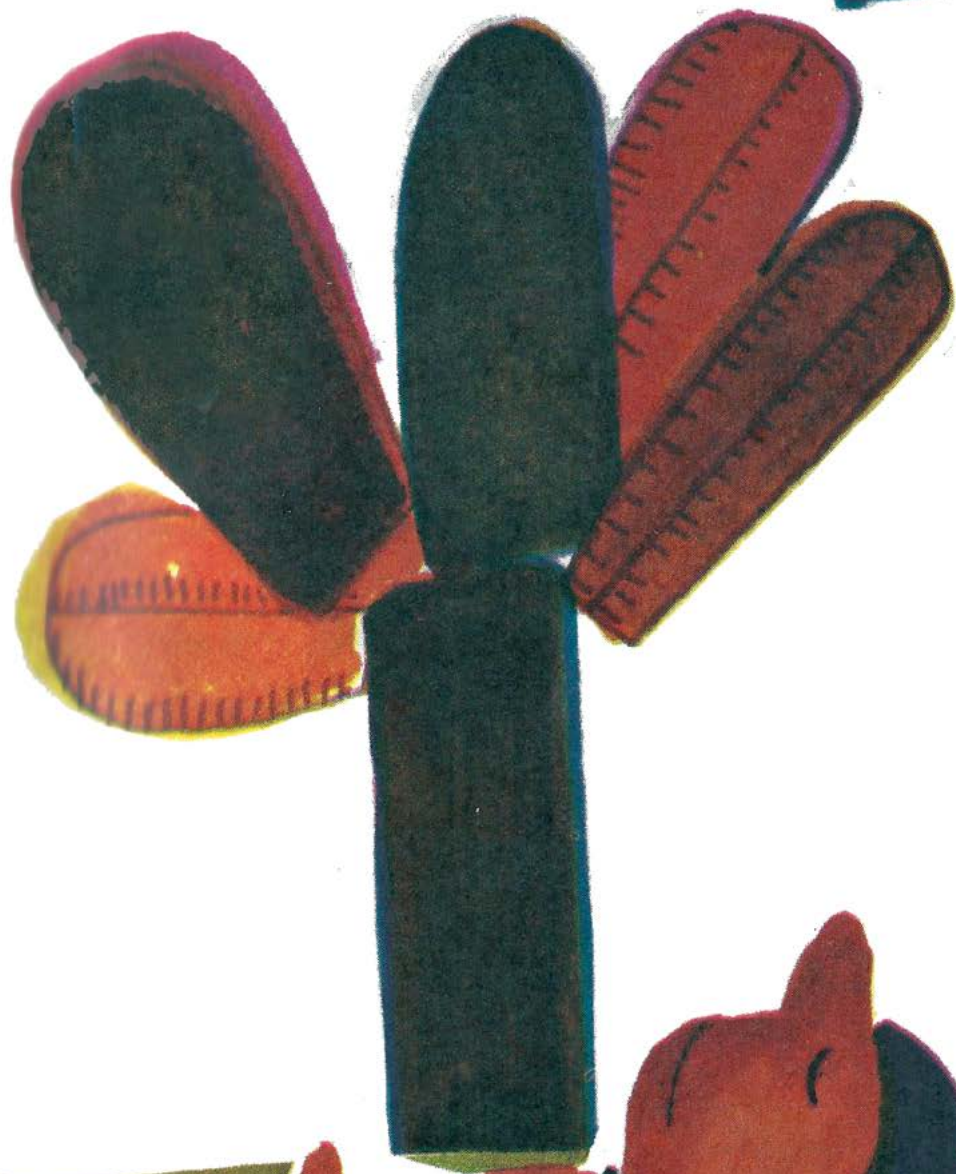
En un segundo, el héroe cerró la mano, se levantó de un salto y se fue con el fuego.

—¡Qué vergüenza, Kumafari! —chilló el buitre—. ¡Eres el hijo de Kumafari el Viejo y ni siquiera sabes cómo hacer fuego!

¡Para tener fuego hay que poner al sol palos de urukus y hacerlos girar uno sobre otro!

—Esta bien —dijo Kumafari—, ahora también lo sé, ¡pero prefiero quedarme con el tizón!

Así fue como el buitre perdió el tizón y los Sipaia consiguieron el fuego, y aprendieron a hacerlo todas las veces que lo necesitaban.



LA COMADREJA

Los indios Coras, de México, decían que la iguana era la única que poseía el fuego. Un día, la iguana se peleó con su mujer y su suegra y se fue de la casa, se fue del pueblo, se fue de la tierra. Para estar tranquila, se fue al cielo y se llevó su tesoro: el fuego. Los hombres de aquí abajo se quedaron sin luz y sin calor. Entonces se reunieron los viejos y los jóvenes para pensar cómo podrían recuperar el fuego. Estuvieron cinco días sin comer ni beber; finalmente dijeron:
–La iguana se fue de la casa, se fue del pueblo, se fue de la tierra; debe estar en el cielo. La iguana se llevó el fuego. Si ella está en el cielo, el fuego está con su dueño, que es la iguana. Hay que subir al cielo a buscar el fuego.





Los hombres mandaron al cuervo, y el cuervo subió por una montaña altísima que llegaba como hasta el cielo. Trepó por la montaña, pero en la mitad del camino pisó en falso y cayó a la tierra, despanzurrado y muerto. Entonces mandaron al picaflor; el pajarito llegó hasta la mitad de la montaña y cayó, medio muerto.

—No pude llegar —dijo—. Hay piedras resbaladizas, hay una catarata que cierra el paso; que vaya otro. Fue otro pájaro, pero tampoco pudo pasar.

—Nadie llegará hasta el cielo —dijo al volver—. Es imposible pasar la catarata.

Entonces, los jóvenes y los viejos volvieron a reunirse, y finalmente resolvieron mandar a la comadreja, pero la comadreja no quiso hacer semejante viaje. Pasaron cinco días y cinco noches y la comadreja, pensando, pensando, fue acostumbrándose a la idea y por fin decidió hacer la prueba.

—Voy a subir —les dijo a los hombres—. Pero estén atentos: si consigo llegar arriba arrojaré el fuego. Ustedes preparen una manta muy grande para recogerlo, porque si el fuego llega al suelo y quema los pastos, ¡ya pueden imaginarse el incendio! Después empezó a trepar por la montaña. Era un pico tan alto que en la mitad del viaje tuvo que detenerse a descansar junto a un árbol de texcallama. Más adelante pisó una piedra resbaladiza y cayó en la catarata; salió completamente empapada, y otra vez se detuvo para secarse desde el hocico hasta la cola. Por fin llegó a las puertas del cielo, y entonces vio el fuego. Parece que ya no lo tenía la iguana. La iguana se lo había dado a un viejo o, a lo mejor, el viejo era la misma iguana disfrazada, eso es un misterio. Lo cierto es que el guardián del fuego era un viejo.

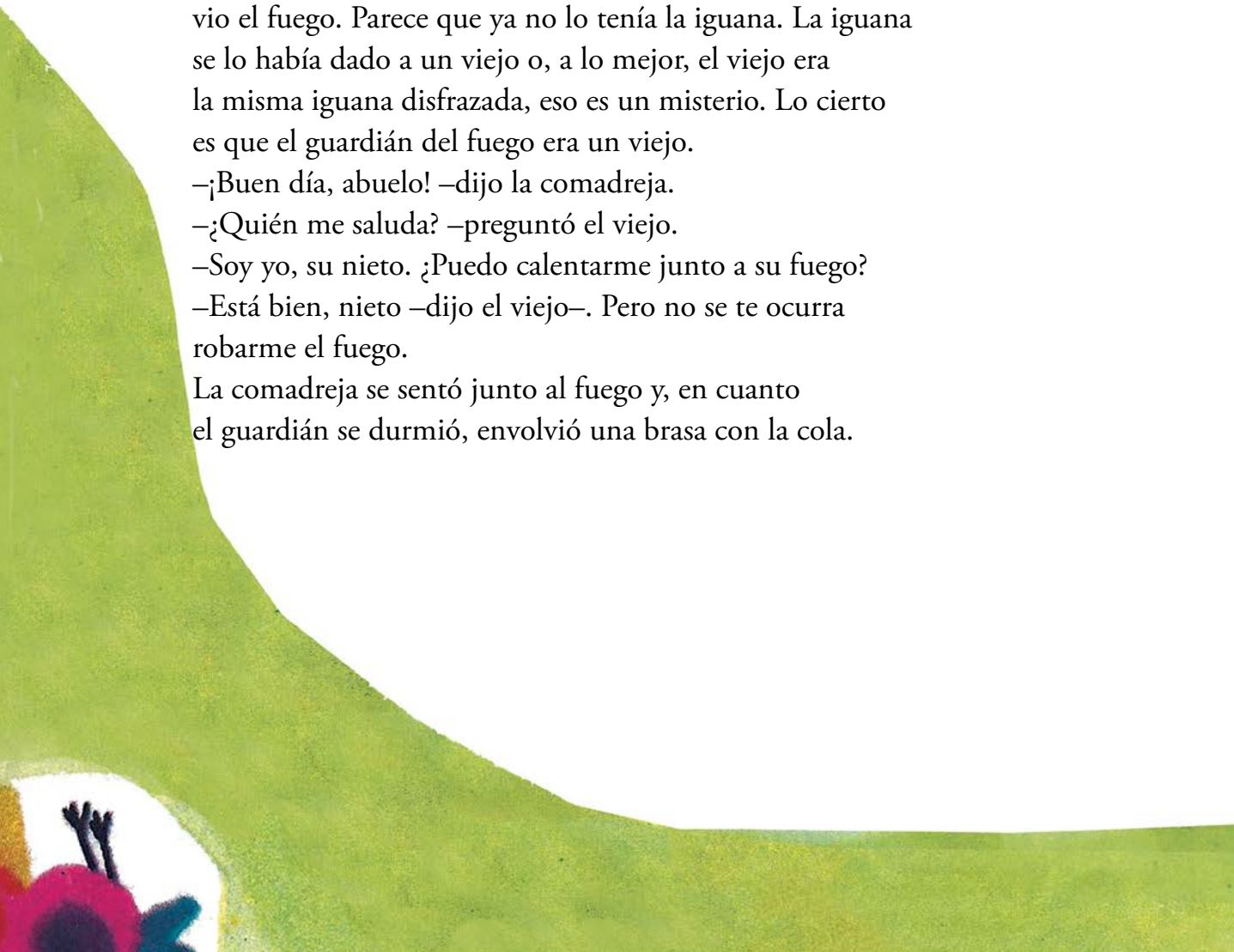
—¡Buen día, abuelo! —dijo la comadreja.

—¿Quién me saluda? —preguntó el viejo.

—Soy yo, su nieto. ¿Puedo calentarme junto a su fuego?

—Está bien, nieto —dijo el viejo—. Pero no se te ocurra robarme el fuego.

La comadreja se sentó junto al fuego y, en cuanto el guardián se durmió, envolvió una brasa con la cola.





—¿Me estás robando el fuego, nieto? —preguntó el viejo.

—No, abuelo, estoy soplándolo.

El viejo se quedó completamente dormido y la comadreja, despacito, despacito, apartó un tizón con su cola y lo fue llevando despacito, despacito, hacia el abismo que se abría sobre la tierra.

Precisamente cuando llegó al borde del abismo, el viejo se despertó y vio todo, pero ella ya había arrojado el fuego. Sin embargo, no pudo escapar del viejo, que la atrapó, le dio una terrible paliza y la arrojó de la tierra.



Los hombres, aquí abajo, vieron que caía el fuego,
pero no supieron abarajarlo en la gran manta y las brasas
cayeron al suelo y provocaron el incendio más rojo y más
caliente que uno pueda imaginarse.

Estaban tratando de apagarlo cuando la comadreja cayó entre ellos como un plomo, y quedó muerta.

Los hombres la envolvieron en sus mantas, le dieron calor y le soplaron el hocico hasta que, por fin, consiguieron hacerla revivir. Entonces la comadreja se sentó derecha y preguntó:

—¿Llegó el fuego? Mi abuelo me dio una paliza, me arrojó abajo y me mató. Pero, ¿cayó o no cayó el fuego?

—Mira el incendio —contestaron los hombres, llorando—. ¡No pudimos atajarlo a tiempo cuando caía! ¿Qué haremos ahora? ¡Tenemos demasiado fuego!

Entonces le pidieron ayuda a la madre de todos, que es la diosa Tierra, y ella apagó las llamas con su leche, que es la lluvia. Como una buena madre, supo apagar las grandes llamaradas que devoran todo y dejar el fuego pequeño, doméstico, que los hombres pueden apagar cuando quieren y encender cuando quieren.



LOS OSOS QUE OLVIDARON EL FUEGO

Los indios Alabama, de Norteamérica, contaban que los osos eran los dueños del fuego y lo llevaban adonde fuesen. Pero un día, en el tiempo de las castañas, dejaron el fuego en el suelo y se fueron masticando castañas.

Los osos comedores de castañas tardaron en volver, y el fuego quedó desamparado; poco a poco dio menos calor, su brillo se apagó y estuvo a punto de morir en una cama de ceniza blanca.

“¡Aliméntenme!”, gritó entonces el fuego, y lo escucharon un hombre y una mujer.





“¡Aliméntenme!”, gritó de nuevo, y lo escucharon un abuelo y un niño.

Entonces el hombre tomó un palo del norte y lo puso en el fuego; la mujer tomó un palo del sur y lo puso en el fuego; el viejo tomó un palo del oeste y lo puso en el fuego, el niño tomó un palo del este y lo puso en el fuego.

Y le devolvieron la salud, el calor, las chispas.

Cuando los osos regresaron, el fuego les dijo:

—Yo no los conozco más a ustedes.

Los osos pudieron llevárselo y, desde entonces, el fuego se ha quedado con los hombres.

TRUENO Y RAÍZ DULCE

Los Cheyennes, de Norteamérica, creían en Búfalo y en Trueno, dos espíritus poderosos. Un día, Búfalo le dio a Trueno una astilla de madera y le dijo que de ella podía sacarse fuego. Entonces Trueno vino a la tierra y habló con un cheyenne que se llamaba Raíz Dulce.

—Trae un palo —le dijo.

—¿Para qué? —preguntó Raíz Dulce.

—Del palo y de la astilla que yo tengo saldrá un guerrero, un ayudante y un amigo.

—¿Todo eso saldrá de aquí? —preguntó Raíz Dulce.

—Sí. Apoya la punta del palo en la astilla. Ahora debes mantener el palo entre las manos y hacerlo girar rápido rápido. Raíz Dulce lo hizo varias veces, hasta que la astilla prendió fuego.

El fuego fue el guerrero que ayudó a los Cheyennes a luchar contra Ho-im-a-ha, el hombre del invierno que ataca con mil flechas de viento y castiga con azotes de hielo. Fue el ayudante que les coció la comida, les calentó la casa y espantó con su resplandor a los animales salvajes.

Y también fue el amigo que los acompañó y los alegró en las noches oscuras.



LA TRAMPA DEL COYOTE

El dios Kareya hizo a todos los hombres y a los animales, pero no quiso que tuviesen fuego. Para asegurarse de que no robarían ni una brasa, lo encerró en un cofre y lo dio a guardar a dos viejas brujas. Pero el coyote era amigo de los hombres y prometió ayudarlos. Primero, convocó a todos los animales, desde el puma hasta la rana. Después, los ubicó en la fila a lo largo de un camino; era el camino que iba desde el pueblo de los indios hasta la región donde vivían las brujas. Hizo una fila muy larga,



que empezaba con los animalitos más débiles,
ubicados cerca del pueblo, y terminaba con los animales
más fuertes, cerca de la casa de las viejas.
Después, el coyote fue a la vivienda de las brujas como
quien va de visita.
—¡Buenas noches! —les dijo—. ¡Qué nohecita tan fría!
¿Me dejarían sentarme junto al fuego?
Las brujas lo dejaron pasar y él se echó junto al fuego;
al rato apoyó la cabeza entre las patas y se hizo el dormido,
pero con un rinconcito del ojo vigiló a las guardianas del fuego.
Inútilmente, esperó a que se durmieran: esas dos no dormían





jamás, ni de día ni de noche, y el coyote se dio cuenta de que robar fuego era más difícil de lo que él pensaba. Al día siguiente se despidió y se fue muy tranquilo para que no sospechasen nada. Pero apenas se alejó de la casa corrió a buscar a un indio y le dijo lo que tenía que hacer:

—Esta tarde volveré a la casa. Cuando yo esté allí, entrarás tú haciendo como si quisieras robar el fuego.

Esa tarde, el coyote volvió a la casa y saludó a las viejas:

—Buenas tardes, hoy hace más frío que ayer. ¿Me dejarían calentarme junto al fuego?

Las brujas no sospecharon del coyote y lo dejaron entrar. Al poco rato se abrió la puerta y entró el indio, que se abalanzó sobre el fuego.

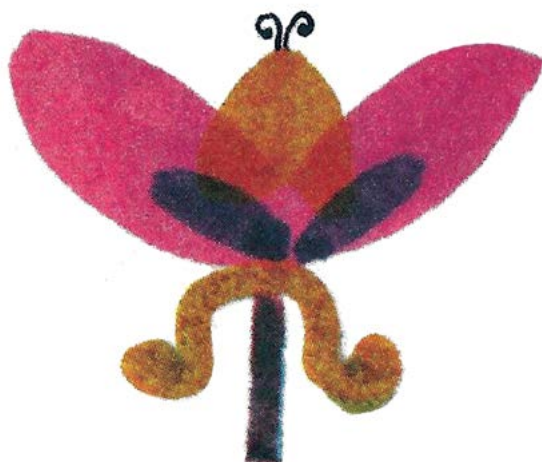
Enseguida las viejas lo sacaron corriendo por una puerta, y entonces el coyote aprovechó para robar un tizón y salió por la otra puerta con el fuego entre los dientes. Las brujas guardianas vieron un resplandor de chispas, se dieron cuenta de la trampa y se volvieron para perseguir al coyote. El coyote casi volaba, pero las brujas no eran lerdas; ya estaban por alcanzarlo cuando el coyote, cansadísimo, llegó al lugar donde lo esperaba el puma y le arrojó el fuego. El puma se echó a correr con el tizón entre los dientes, y las brujas, detrás del puma. El puma corrió como loco hasta el sitio donde lo esperaba el oso y le arrojó el tizón; siguió la carrera el oso y las brujas detrás del oso. El oso se lo entregó al lobo,



que siguió disparando, y las brujas detrás del lobo. El lobo se lo dio al zorro, el zorro al perro, el perro al conejo, y las incansables brujas siempre pisándoles los talones.

La ardilla estaba anteúltima en la fila, y cuando recibió el fuego corrió tan rápido que se quemó la cola y el lomo (por eso tiene la cola enroscada sobre el cuerpo y dos manchas negras sobre los hombros). Corrió la ardilla, y las brujas detrás. La rana estaba última en la fila porque era la más lerda; cuando la ardilla le arrojó el fuego, la rana se lo tragó y saltó hacia el agua. En el momento de zambullirse, una de las brujas la agarró de la cola, y se la cortó (por eso las ranas no tienen cola). Nadó la rana bajo el agua, ¡y las brujas allí se quedaron, muertas de rabia!

Por fin, la rana salió a la superficie y escupió el tizón sobre un tronco seco. Los indios dicen que por esa razón, cuando se frotan dos maderas, se produce fuego. Esto dicen los cuentacuentos de los Karoks, una tribu de California.





LA GORRA DEL CONEJO

Los indios Creek, de Norteamérica, decían que una vez, hace mucho tiempo, las tribus se reunieron y se preguntaron: “¿Quién de nosotros irá a conseguir un poco de fuego?”. Porque los dueños del fuego eran la gente del Este, que vivía del otro lado de La Gran Agua.



Por fin, entre todos se pusieron de acuerdo para que fuese el conejo.

El conejo fue hasta el agua, se zambulló y cruzó a nado toda esa inmensidad.

Cuando llegó a la otra orilla lo invitaron a bailar.

El conejo tenía un traje muy alegre y llevaba en la cabeza una gorra de lo más original, adornada con cuatro palitos de terebintos.

Enseguida se unió a la rueda de bailarines y bailó con ellos.



La gente del Este, baila que baila, se acercaba cada vez más al fuego. Y el conejo, baila que baila, también. Los bailarines se inclinaban cada vez más cerca del fuego y el conejo lo mismo, cada vez se inclinaba más cerca del fuego. Se inclinó tanto que, de repente, los palitos de terebinto de su gorra se prendieron fuego y ardieron.

Entonces se terminó el baile.

—¡El extranjero tocó el fuego sagrado! —gritó la gente—. ¡Hay que matarlo, no tiene perdón!



Corrieron tras él para matarlo, pero el conejo corrió más rápido, y por fin llegó a La Gran Agua y se zambulló mientras los perseguidores se quedaban agitando los puños, en la costa. El conejo valiente cruzó todo el Océano Atlántico o, como lo llamaban los indios, toda La Gran Agua del Este; nadó con la cabeza fuera del agua, con las llamitas resplandeciendo sobre su gorra. Y llegó a la orilla donde lo esperaba su gente, que gracias a él consiguió el fuego.

Fin



HISTORIA DE LOS INDIOS MAYAS DE GUATEMALA

Adaptado por: Beatriz Ferro

Ilustrado por: Amalia Cernadas



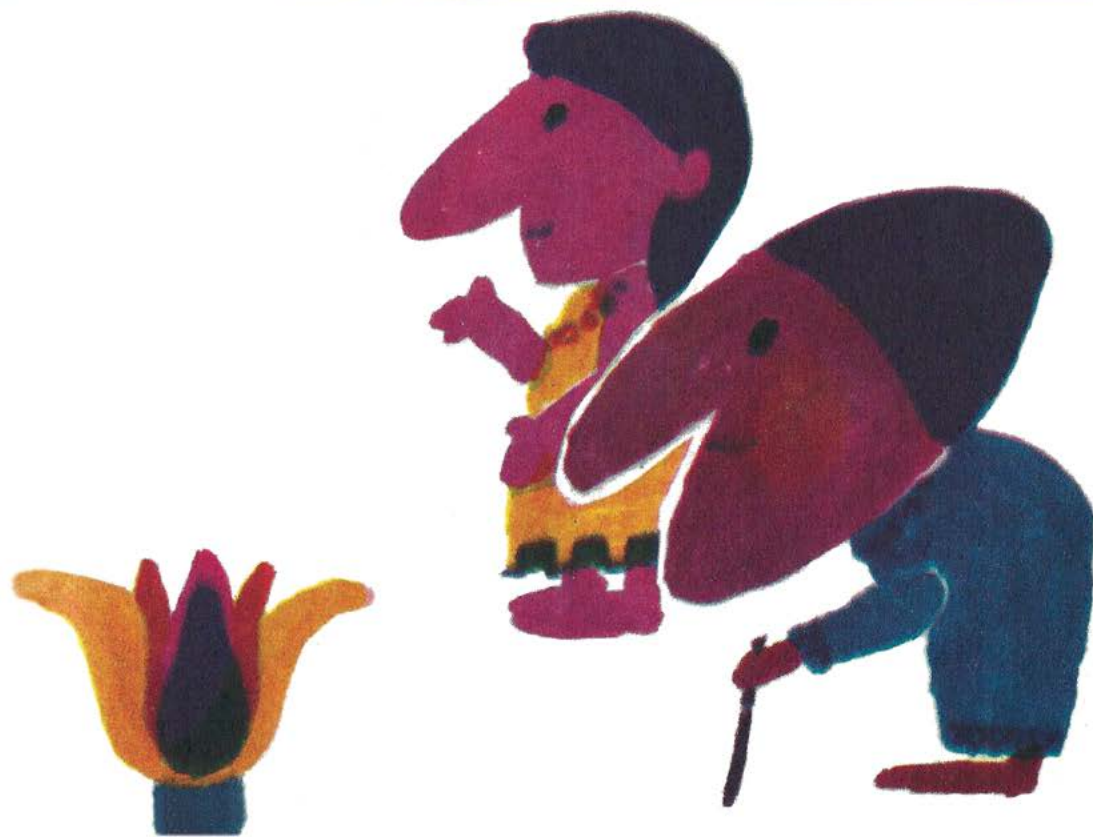
Historia del Popol-Vuh, un libro de los antiguos indios mayas de Guatemala.

En este libro ustedes conocerán a:

IXBALAMQUÉ: uno de los héroes de esta historia. Es un dios muy joven, y bueno. Le gusta jugar a la pelota. Lástima que tenga un nombre tan difícil; para decirlo bien hay que repetirlo cinco veces: Ixbalamqué, Ixbalamqué, Ixbalamqué, Ixbalamqué, Ixbalamqué.



JUNAJUP: es el otro héroe de esta historia, hermano de Ixbalamqué. También es dios, es joven, es bueno y le encanta jugar a la pelota. Para aprender su nombre basta repetirlo dos veces: Junajup, Junajup.





ABUELA: es la abuela de los dioses que les presentamos recién. Todos la recordarán porque interviene muchas veces en el cuento y porque no tiene un nombre difícil: le decían simplemente Abuela.

RATONA SABIA: personaje muy importante. Se ha enterado de grandes secretos y, por suerte, no sabe guardárselos.

IXQUIC: madre de los dioses. Se la ve poco, pero aparece a tiempo para hacerles un regalo fuera de lo común.

MOSQUITO INTELIGENTE: también le dicen Zancudo Astuto. Tiene un aspecto insignificante, pero su inteligencia es casi tan aguda como su aguijón.

DIOSES DE LAS SOMBRAS: malos, traicioneros, odiosos. Como verán, son muchos, son demasiados. El primero de la izquierda es el jefe. Se enfurecen cuando alguien juega a la pelota: dicen que les molestan los pelotazos. Tienen caras difíciles y nombres difíciles; si el que los saluda no pronuncia bien sus nombres o los confunde, lo matan. ¡Pobres de los dioses jugadores de pelota si alguna vez se encuentran con estos!

XIBALBÁ: reino de los dioses malvados. Lugar sombrío y peligrosísimo. Está situado bajo tierra.

CERBATANA: arma antigua. Se ponen proyectiles dentro de un tubito y se sopla con fuerza. El proyectil sale como bala.

GUATEMALA: miren bien este pequeño mapa, es importante; aquí vivían los indios mayas que imaginaron esta historia.





LOS DIOSES QUE JUGABAN A LA PELOTA

Es verdad que Ixbalamqué y Junajup eran dioses,
pero más bien parecían dos chicos con ganas de divertirse.
–Podríamos jugar a... –empezaban a decir los dioses.
–A nada. Vayan al campo a trabajar –les decía la Abuela.
Y no porque fuese mala; ya verán que sus buenas razones tenía.
Ixbalamqué tomaba el hacha, Junajup tomaba la azada
y se iban al campo, a cortar malezas y a remover la tierra.
Cuando se cansaban de trabajar, sacaban las cerbatanas
y le apuntaban a cuanto cosa se movía.
Un día, estaban apuntando con la cerbatana cuando pasó
una ratona distraída.

—¡Qué responsabilidad es ser Ratona Sabia! —murmuraba el animalito—. ¡Qué pena, saber tantos secretos y no poder contarlos!... Los secretos me pesan más que una bolsa de papas.

Junajup hizo puntería y le pegó en una patita.

—¡Ay, bárbaros, no tiren! —gritó la Ratona—. ¡No jueguen más con eso! ¿Y ustedes son dioses? ¿Acaso no saben que los dioses de esta tierra se entretienen jugando a la pelota?

Ixbalamqué y Junajup se miraron, sorprendidos.

—¿A la pelota, Junajup? ¡Pero si no tenemos pelota de hule!

—¡Ni guantes, ni anillos, ni escudos, ni lanzas, ni nada! Esa Ratona está loca.

Entonces la Ratona, que ya había llegado a una de las siete entradas de su cueva, les gritó desde lejos:

—¡Eso creen ustedes! ¡Jajajajá! Tienen dos equipos completos, pero la Abuela los escondió por miedo de que les ocurran cosas terribles.

Y desapareció dentro de su cueva.

Los dioses hermanos quedaron muy preocupados.

Al día siguiente, volvieron al campo y al amanecer buscaron a la Ratona Sabia. Pero todo fue inútil; ella apareció cuando se le dio la gana, recién a mediodía.

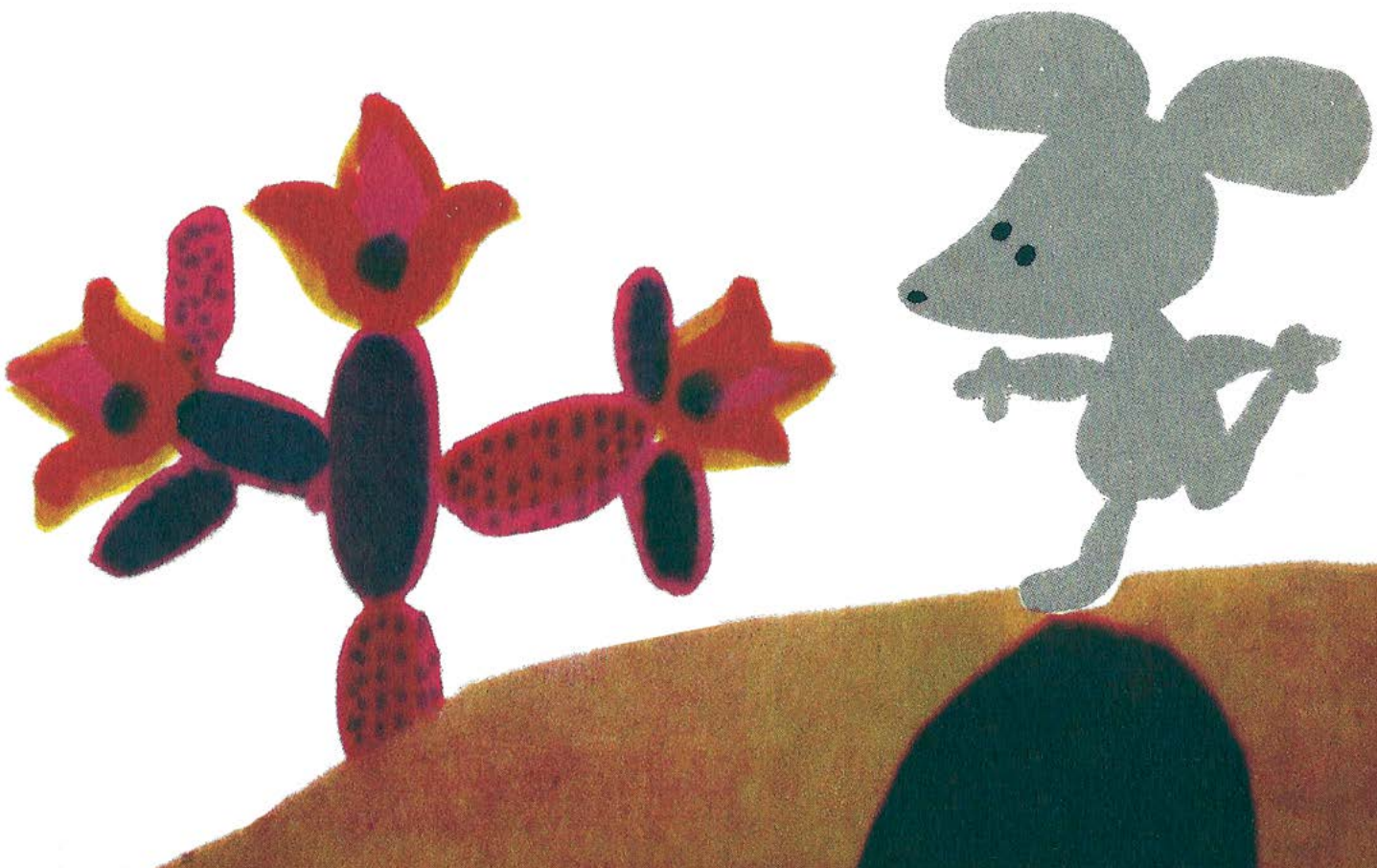
Pasó trotando por un surco, murmurando para sí:

—¡Qué desgracia es ser Ratona Sabia! ¡Qué pena es no poder contar todo lo que sé porque los secretos son secretos! Entonces, Junajup le cerró el paso, Ixbalamqué la capturó y, entre los dos, le ofrecieron granos de maíz, cacao y pimienta blanca a cambio de que les contara las cosas misteriosas que sabía.

La Ratona Sabia tomó el maíz, el cacao, el pimienta. Hizo

con todo un montoncito, se sentó encima y habló hasta por los codos.

—Sabrán ustedes que yo conocí a vuestro padre y a vuestros tíos. Esos sí que eran dioses ¡Qué campeones! ¡Todos ellos campeones de pelota! Lástima que los pelotazos molestaban a los señores de Xibalbá, los dioses que viven bajo tierra... Bum, bum, bum, los de Xibalbá sentían rebotar la pelota sobre sus cabezas. ¡Bum, bum, bum, todo el santo día! ¡Hasta que se hartaron y desafiaron a vuestro padre y a vuestros tíos a jugar un partido en Xibalbá,



la ciudad subterránea de donde nadie sale vivo. Se imaginarán lo que ocurrió: ganaron los de Xibalbá con mañas y trampas. –¿Y nuestro padre? ¿Y nuestros tíos? –preguntaron Ixbalamqué y Junajup.

–Ellos, pobrecitos, perdieron la vida –dijo la Ratona enjugándose una lágrima–. Y ahora la Abuela no quiere que a ustedes les ocurra lo mismo, por eso escondió la pelota y las piezas del equipo.

Ixbalamqué y Junajup, con los ojos así de grandes y las orejas así de abiertas, le preguntaron dónde había escondido aquellas cosas.

–¡Qué desgracia, saber tanto y tener que callar! –suspiró la Ratona, pero no pudo resistir la tentación de contarles un poquito más y les dijo:

–Las ocultó en vuestra propia casa, entre las vigas del techo.

Los dioses hermanos no tuvieron sosiego a partir de ese momento; no veían la hora de que la Abuela se alejara para poder revisar la casa. Por fin, la vieja se fue a buscar agua al río.

Entonces ellos aprovecharon: buscaron en el techo, viga por viga, hasta que por fin encontraron la pelota, los guantes, los anillos, los escudos, las lanzas, todo, todo. Y se fueron a la plaza de juegos, saltando de contento.

Ixbalamqué y Junajup jugaron como locos.

Bum, bum, bum rebotaba la pelota en el suelo. Bum, bum, bum, en el suelo que es el techo de Xibalbá, la ciudad subterránea.

Bum, bum, bum, escuchaban los feos habitantes de Xibalbá, que tenían caras de buitres y de lechuzas.

Bum, bum, bum sonaba en los oídos de Jun Camé,



el rey de la ciudad subterránea.

—¡Otra vez el bum, bum, bum! —gritó de pronto Jun Camé, agarrándose la cabeza y tapándose las orejas—. ¡Yo no aguanto más!— y llamó—: ¡Mensajero! ¡Mensajero! ¡Mensajero!

Enseguida se presentaron cuatro mensajeros. Y Jun Camé los invitó a la Tierra, a la casa de los dioses hermanos, con un terrible mensaje para ellos.

Los mensajeros llegaron a la casa de Ixbalamqué y Junajup pero no los encontraron; los dioses estaban en la plaza de juegos, divirtiéndose de lo lindo. Le dieron el mensaje a la Abuela que les abrió la puerta:

—Nos manda el dios Jun Camé —le dijeron—. Jun Camé desafía a sus nietos a un partido de pelota. El partido se jugará en Xibalbá, pasado mañana. Si sus nietos pierden el partido, también perderán la vida.

Eso dijeron los mensajeros Alas de Fuego, Cara de Lechuza, Cuervo Rengo y Buitre Bizco.

A la pobre Abuela se le fue el alma a los pies; en un segundo, comprendió todo; se dio cuenta de que los muchachos habían encontrado el juego de pelota y de que los pelotazos habían herido las finas orejas de los amos de Xibalbá.

¿Qué hacer? Ixbalamqué y Junajup estaban lejos, en la plaza





de juegos, y la Abuela era vieja, no podía correr a darles la mala noticia. Lo mejor era mandar a un Moscardón Mensajero. Y eso hizo. El Moscardón Mensajero partió enseguida. “La Abuela me pidió que me apure”, pensaba el Moscardón Mensajero; “pero con esta costumbre mía de volar en círculos tardaré mucho”. Por suerte, en el camino encontró al Sapo; le contó todo



y le pidió que lo tragara y lo llevara a los saltos hasta la plaza de juegos.

El Sapo ¡glup! se lo tragó y corrió hacia la plaza de juegos, pero no adelantaba gran cosa.

Por el camino el Sapo encontró a Víbora Blanca; en pocas palabras le contó lo ocurrido y le rogó que lo tragara y lo llevara hasta la plaza de juegos. Y Víbora Blanca ¡glup! se lo tragó

y partió como una flecha.

En el camino, Víbora Blanca encontró al Gavilán, le contó todo y le pidió que la tragara para llegar más rápido. Y el Gavilán la tragó, remontó vuelo y en un abrir y cerrar de ojos llegó adonde estaban los dioses hermanos, Ixbalamqué y Junajup.

–Yo soy el cartero –dijo el Gavilán, y escupió a Víbora Blanca.

–Yo soy la maleta del cartero –dijo Víbora Blanca, y escupió al Sapo.

–Yo soy el sobre de la carta –dijo el Sapo, y escupió al Moscardón.

–Yo soy la carta que les manda la Abuela –dijo el Moscardón– y traigo malas noticias; los dioses de Xibalbá os desafían a jugar a la pelota en la ciudad subterránea...

A Ixbalamqué y Junajup no se les movió ni un pelo; ellos no





tenían miedo a nada y, esa tarde, volvieron a su casa muertos de risa. Tal vez, porque no sabían lo que les esperaba. El día señalado para el partido, Ixbalamqué y Junajup se despidieron de la madre y de la Abuela con besos y abrazos. —Adiós, nietos queridos —dijo la Abuela—. Planté cañas en el jardín; si brotan, sabremos que ustedes les han ganado a esos demonios. Si las cañas se secan, será señal de que han muerto. —Adiós, hijos míos —dijo Ixquic, la madre—. Yo sé que ustedes

vencerán, pero, por las dudas, les regalo este Mosquito Inteligente: puede serles muy útil.

Y también les dio una fruta jugosa para que comieran en el viaje.

Ixbalamqué y Junajup se pusieron en marcha.

Cruzaron altas montañas, atravesaron ríos y por fin llegaron al Camino Negro que conducía a Xibalbá.

Entonces, por primera vez habló el Mosquito Inteligente y dijo:

—A la entrada de Xibalbá hay once dioses sentados en fila. Ustedes tienen que saludarlos y nombrarlos uno por uno. Si no lo hacen, según las leyes de la ciudad, les cortarán la cabeza.

—Pero no sabemos cómo se llaman —dijo Junajup.





—¡Y parece que tienen nombres difíciles como una adivinanza! —exclamó Ixbalamqué.
—¡Caramba! —dijo el Mosquito—. Trataré de ayudarlos. Y, después de pedir a los dioses que lo esperaran allí, se internó en el Camino Negro, rumbo a Xibalbá. El Mosquito entró sin ser visto en la ciudad de las sombras.



Cerca de la entrada estaban los once dioses sentados en fila;
enseguida se acercó al primero y le clavó su aguijón en el trasero.
El dios dio un saltito en el asiento; entonces, el compañero
que estaba sentado junto a él le preguntó:
—¿Qué te ha picado, Jun Camé?
El otro contestó que no tenía importancia;

entonces el Mosquito lo picó al segundo, y le hizo dar un respingo. Y el dios sentado junto a este preguntó:

—¿Qué te ha picado, Chiquiripat?

El mosquito picó a los once dioses y, gracias a las preguntas que hacían los compañeros, se enteró de sus nombres.

Entonces voló hasta donde lo esperaban Ixbalamqué y Junajup y les dijo cómo se llamaba cada uno.

Por suerte, los hermanos tenían tan buena memoria como el Mosquito y los aprendieron muy rápido.

Después, fueron tranquilos a Xibalbá, bajaron por el Camino Negro, enfrentaron a los dioses enemigos y los saludaron como corresponde:

—¡Mucho gusto, Juan Camé!

—¿Cómo estás, Chiquiripat?

—¡Te saludamos, Gukub Camé!

—¡Buenos días, Chuchumachic!

Y así siguieron:



“¡Encantado de conocerte, Ajalpuj!” “¡Buen día, Ajalkaná!”

“¡Te saludamos, Chamiajolm!” “¿Cómo te sientes, Patán?”.

¡Los hermanos no se equivocaron ni una vez! Los amos de Xibalbá estaban bizcos de rabia... Solamente les faltaba saludar correctamente a tres dioses, y no se les trabó la lengua:

“¡Buenos días, Quicxic!” “¿Cómo estás, Chamiabak?” “¡Mucho gusto, Quicré!”.

Cuando terminaron, el dios principal, Jun Camé, se puso de pie y les dio la bienvenida:

—Los invito a pasar a la Cueva Negra a fumar unos cigarros —les



dijo Jun Camé.

–Nosotros no vinimos a fumar –dijo Junajup.

–¡Vinimos a jugar a la pelota! –agregó Ixbalamqué.

–Pero los de Xibalbá pensaban: “¿Para qué cansarnos jugando si podemos vencerlos de otra manera?”.

–Según nuestras leyes –dijo Jun Camé– todas las visitas deben fumar un cigarro y cuidar que se mantenga encendido doce horas; si se apaga, les damos muerte.

¡Cómo no iban a apagarse los cigarros antes de doce horas!

Ixbalamqué y Junajup comprendieron que estaban



tendiéndoles una trampa, pero no tuvieron más remedio que entrar en la cueva.

Sin embargo, los hermanos no encendieron los cigarros: mojaron las puntas en el jugo rojo de la fruta que les había dado la mamá y, encima, pusieron unas luciérnagas.

Pasaron las horas. Por fin, Jun Camé fue a la Cueva Negra; no pudo creer lo que veía: ¡las puntas de los cigarros relucían en la oscuridad! ¡Estaban encendidos!

–Bien, han pasado esta prueba –reconoció Jun Camé, tragando saliva–. Ahora jugaremos a la pelota. Recuerden que en este partido ustedes dos se juegan la vida.

Y empezó el partido, y fue el más emocionante de la historia desde que se inventó la pelota.

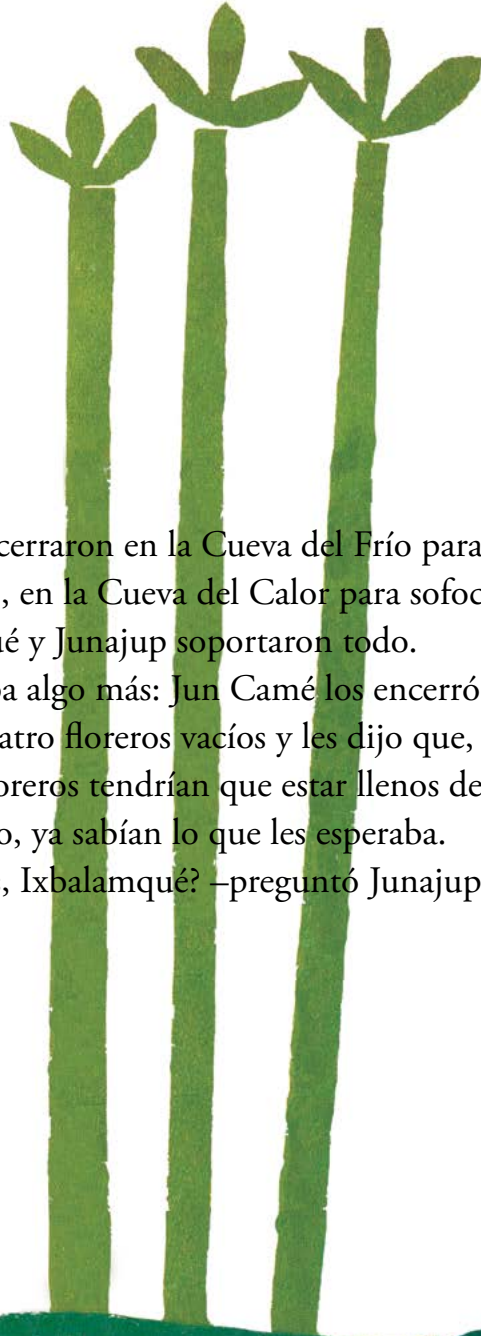
Ixbalamqué y Junajup jugaron pareja con pareja contra los once dioses enemigos. Los de Xibalbá, como se pasaban la vida sentados en fila, a la sombra, pensando maldades, no estaban bien entrenados. Tampoco sabían lo que es juego limpio y tiraban lanzazos a traición y puntapiés.

¡Qué trabajo tuvieron los dos hermanos! Arrojar la pelota, atajarla y, encima, esquivar los lanzazos. Ixbalamqué y Junajup terminaron muertos de cansancio, pero ganaron el partido de punta a punta.

Allá arriba, en la Tierra, la madre y la abuela vieron que las cañas que habían plantado tenían brotes nuevos. Era señal de que los muchachos habían triunfado, y se abrazaron y lloraron de alegría.

Sin embargo, el peligro no había pasado del todo. Jun Camé, el primer dios de Xibalbá, les anunció a los hermanos que aún no podían salvarse; antes tenían que pasar por otras pruebas.





Primero, los encerraron en la Cueva del Frío para que muriesen de frío; después, en la Cueva del Calor para sofocarlos de calor, pero Ixbalamqué y Junajup soportaron todo.

Y todavía faltaba algo más: Jun Camé los encerró en otra cueva donde había cuatro floreros vacíos y les dijo que, a la mañana siguiente, los floreros tendrían que estar llenos de flores de colores. Si no, ya sabían lo que les esperaba.

—¿Qué haremos, Ixbalamqué? —preguntó Junajup cuando quedaron solos.

—Estamos perdidos, Junajup; en el mundo subterráneo no existen las flores.

Allá arriba, en la Tierra, las cañas empezaron a ponerse mustias, señal de que los hermanos corrían un grave peligro. Pero, de pronto, las cañas reverdecieron: ¡Junajup había tenido una idea salvadora!

Junajup revisó la cueva, y encontró una hormiguita; entonces le pidió ayuda. La hormiga habló con sus compañeras y las entusiasmó para que ayudaran a los dioses hermanos.

Esa noche, un verdadero ejército de hormigas trabajó para los dioses, cortando flores en la Tierra. Después, entre todas, llevaron las flores por los túneles del hormiguero hasta la cueva de Xibalbá.



A la mañana siguiente, cuando Jun Camé y los suyos vieron los floreros llenos, se dieron por vencidos. Ixbalamqué y Junajup les ganaban siempre, como en el juego de pelota.

—¡Váyanse de aquí! —les dijo Jun Camé—. ¡Váyanse y jueguen todo lo que quieran! Ustedes son capaces de resucitar si los matamos: son como el Sol y la Luna.

Y Junajup e Ixbalamqué salieron de Xibalbá, volvieron a ver la luz del día, el campo, la casa. Lo primero que hicieron fue correr a abrazar a la abuela y a la madre. Lo segundo, jugar a la pelota.







fin



Panambí e Irupé

Adaptado por: Yalí

Ilustrado por: Ignacio Corbalán



Una tarde dos indiecitas jugaban sobre un barranco; y ni el sol ni el río hubieran podido decir cuál era la más bonita de las dos: si Irupé, con su vestido blanco, o Panambí, con su collar de cuentas de colores.

Irupé y Panambí se entretenían mirando las largas hileras de hormigas, se reían espionando a las lagartijas verdes, y tiraban piedrecitas al río que corría al pie del barranco. Así las dos indiecitas pasaban las horas bajo el sol de la siesta, hasta que Irupé, señalando con su dedito las ramas de un viejo árbol, exclamó:

—¡Allí hay un nido lleno de pichones! Vamos a verlos.

El árbol se inclinaba peligrosamente sobre el río, pero las indiecitas treparon por él, de una rama a otra rama,

hasta llegar al nido. Y ya estaban junto a los pichones, ya iban a estirar las manos para acariciarlos, cuando la rama que sostenía a Irupé se quebró y la indiecita cayó al vacío.

Panambí, al ver caer a su compañera, gritó:

—¡Sálvala, Tupá!

Porque Tupá era el dios de Panambí.

Y el dios Tupá la oyó, y así, antes que Irupé llegara al río, la transformó en una flor. La transformó en una flor blanca, que cayó suavemente sobre las aguas y flotó sostenida por sus grandes pétalos.

Panambí, desde el barranco, vio cómo Irupé se convertía en una flor. Asombrada, descendió hasta la orilla del río, metió los piecitos en el agua y le dijo a la flor blanca:

—Irupé, hermana, vuelve conmigo...

—No puedo dejar el río —le contestó Irupé—. Y tampoco quiero dejarlo. Me gusta flotar y quiero irme como una canoa sobre la corriente.

Entonces Panambí, que no quería separarse de Irupé, le rogó:

—Irupé, llévame contigo.

Irupé cargó a Panambí sobre sus pétalos blancos y el río condujo lejos, muy lejos, a las dos indiecitas.

A Panambí con su collar de cuentas de colores, a Irupé convertida en una flor.

El sol de la siesta las miraba alejarse cada vez más; los sauces de la orilla les decían adiós, meciendo sus largas ramas, y los ceibos sacudían sus flores, parecidas a pajaritos rojos, y también las saludaban.

Así llegaron hasta un recodo del río, y la corriente las empujó hasta la orilla.





Allí, a la orilla del río, Irupé, la flor, se adormeció, y Panambí, viéndola quietecita, no temió que pudiera despertarse, ni marcharse aguas abajo sobre la corriente. Así, Panambí puso un piececito sobre la tierra y después su otro piececito, y se fue a curiosear el bosque de la orilla. En el bosque, las copas espesas escondían el cielo, las enredaderas colgaban de las ramas y muchos pájaros volaban y cantaban. Sí, muchos pájaros volaban y cantaban allí, porque, aunque Panambí no lo sabía, aquel era el bosque del Pombero. Del Pombero de largas piernas, del Pombero de barba y bastón,



del Pombero que sale a la siesta a robar y llevarse los indiecitos que persiguen a los pájaros.

Panambí anduvo y anduvo mucho rato por el bosque, y andando y andando, de pronto se vio frente a un picaflor. La indiecita nunca había visto antes un pajarito así, y deslumbrada por su plumaje de brillantes colores, extendió las manos y corrió tras él, queriendo atraparlo.

Entonces... entonces, de entre las altas hierbas, se levantó el Pombero. Y con sus piernas largas, su barba y su bastón, en dos zancadas, estuvo junto a Panambí y la asió por un brazo.



—¡Suéltame! —le pidió la indiecita, asustada.

—¡No! —le dijo el Pombero—. Tú querías atrapar mi picaflor. Pero yo te atrapé a ti. Y te encerraré en una jaulita de ramas.

Panambí forcejeaba y forcejeaba, tratando de desprenderse de las manos del Pombero, pero el Pombero no la soltaba. Entonces Panambí le mordió los dedos, y cuando el Pombero abrió la mano de dolor, la indiecita huyó.

El Pombero no quería dejarla escapar. Corrió tras ella. La indiecita, en su fuga, tropezó de pronto con el tatú. El tatú dejó de escarbar la tierra con sus fuertes uñas y miró a la niña.

—¡Protégeme, padre tatú! —rogó Panambí.

El tatú rozó un pie del Pombero con sus uñas y le dijo:

—Deja ir a la indiecita.

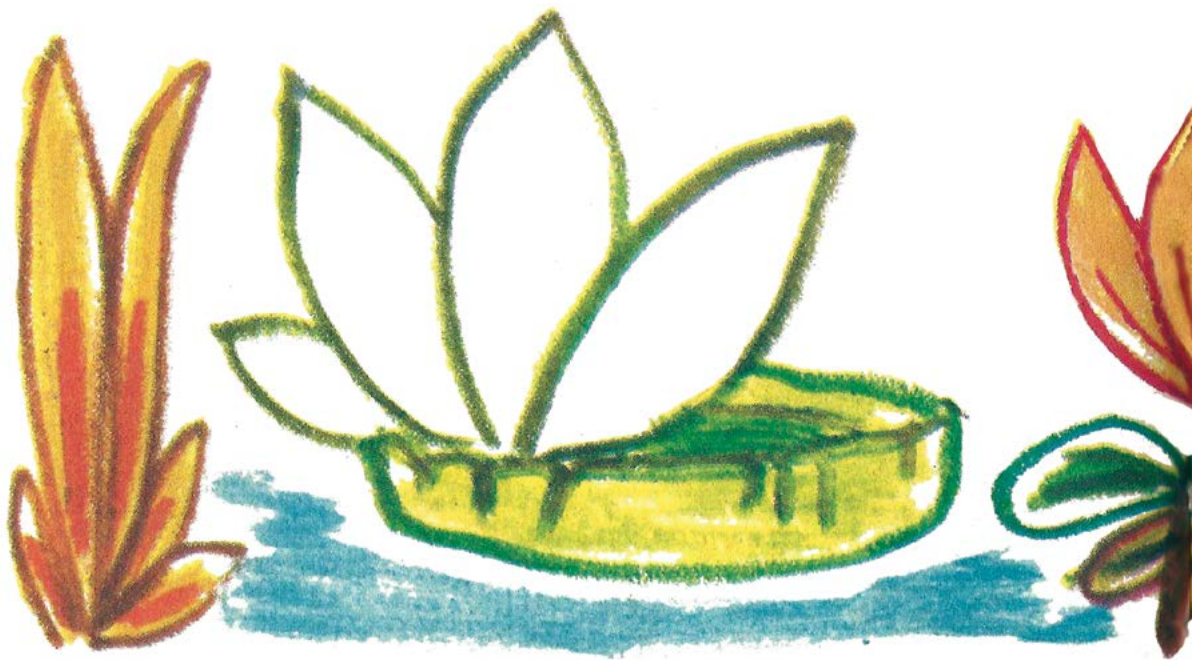
Pero el Pombero no lo escuchaba.

—Déjala ir y cantaré para ti con mi guitarra —insistió el tatú.

El tatú, cuando quiere, es un buen cantor. Y nadie puede negarse a escucharlo. Por eso el Pombero tampoco se negó.

Entonces, el tatú tomó su guitarrita y lenta, muy lentamente, cantó:

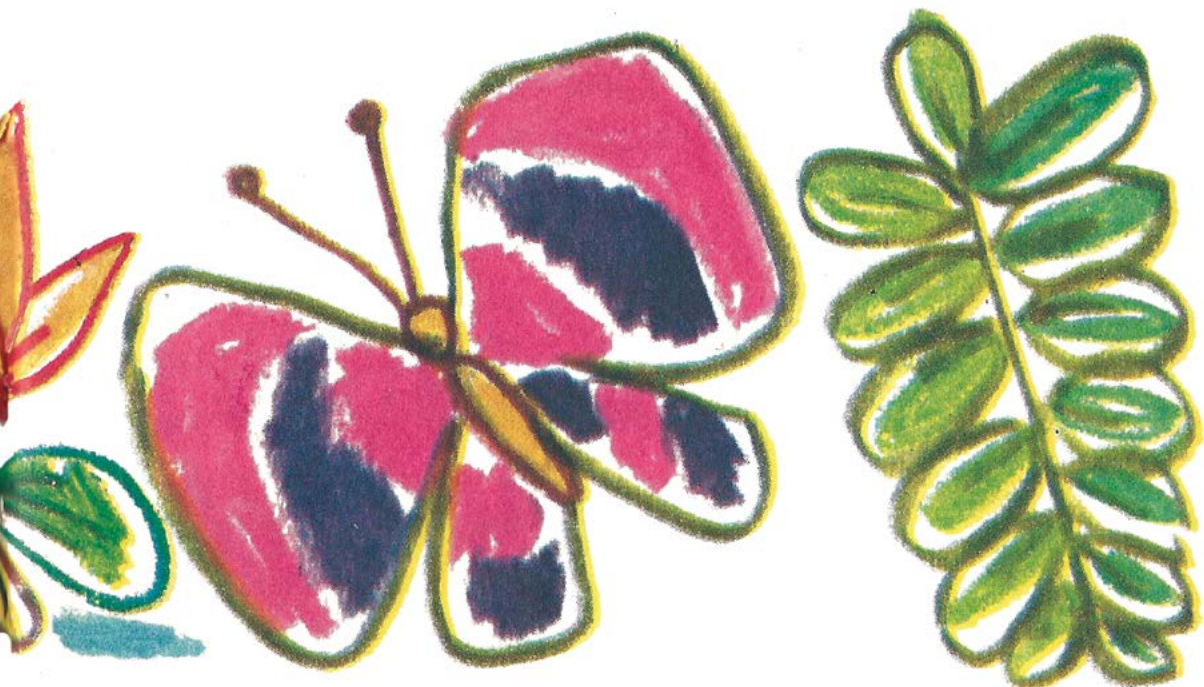




–Duérmanse los pájaros,
duérmase el Pombero,
y los pichoncitos
duérmanse ligero.
Que se duerma el bosque,
ramita a ramita,
que duerma el Pombero
y huya la indiecita.

Escuchando al tatú y a su guitarra, poco a poco el bosque
se fue durmiendo. Se durmieron los pájaros a mitad de su vuelo
y se durmió el Pombero, con su bastón y su barba, de pie sobre
sus largas piernas.

Entonces el tatú le dijo a Panambí:



—¡Corre, corre, Panambí! ¡Huye antes de que el Pombero se despierte! Pero huye por el río, porque si vas por el bosque, el Pombero te alcanzará.

Panambí corrió y corrió, y corriendo llegó a la orilla del río, pero una vez allí, no encontró a Irupé.

—¡Irupé, Irupé! —llamaba la indiecita—. ¡Ven a buscarme, que me alcanzará el Pombero...!

Pero Irupé, la flor, no la escuchaba, porque la corriente la había arrastrado río abajo, lejos, lejos, lejos...

Entonces Panambí se dijo:

—Sin Irupé, no puedo huir por el río. Y si trato de huir por el bosque, me atrapará el Pombero... Me iré por el aire.

Panambí agitó y agitó sus bracitos, como si fueran alas, los agitó

y los agitó, hasta que sintió que toda ella se empequeñecía...
¡y podía volar...! Entonces, su collar se rompió y las cuentas
de colores tiñeron sus alas.

Panambí fue la primera mariposa.

Panambí, la mariposa, buscó durante mucho tiempo a Irupé.

Volando y volando se detenía en una flor y otra flor,
y les preguntaba:

—¿Viste a Irupé, viste a Irupé?

Y ninguna flor sabía contestarle.

Las mariposas que llegaron después de Panambí, también
se detenían en una y otra flor y les preguntaban:

—¿Viste a Irupé, viste a Irupé?...

... Entretanto, allá lejos, lejos, Irupé, con su traje de pétalos
blancos, flota en las aguas y perfuma el río.

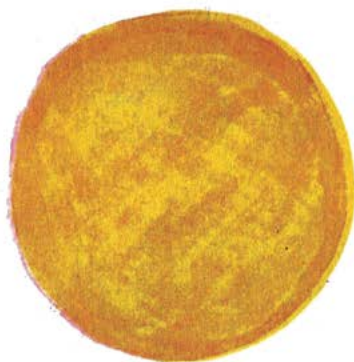




Leyenda de Brasil

Adaptado por: Beatriz Ferro

Ilustrado por: Amalia Cernadas





Esto sucedió al principio, cuando el mundo era nuevo y lustroso como una manzana. Por ese entonces, la tierra estaba lisita y todo brillaba a la luz del sol. Todo brillaba las veinticuatro horas del día porque no existía la noche: ¡solamente el sol y el cielo celeste!

Los hombres no habían visto nunca el cielo negro, ni las estrellas ni la luna; ni siquiera habían visto un atardecer. Tampoco sabían lo que es una lechuza, ni un zorrillo cazador que sale de noche, porque no había animales nocturnos. Y tampoco sabían lo que es un gallo que canta a la mañana ni un perro que ladra a toda hora, porque los animales del día tampoco existían: no había un solo animal en la tierra.

Cuando el mundo era nuevo, había un dios llamado Gran Serpiente. Vivía en la selva, en un palacio que tenía tres habitaciones muy grandes; en una vivía Gran Serpiente, en otra su hija que se llamaba Hija de Gran Serpiente y la tercera estaba enteramente ocupada por los tesoros del dios.





Un día, Hija de Gran Serpiente se enamoró de un hombre que vivía del otro lado del Gran Río, en la tierra de los hombres. Hija de Gran Serpiente se casó con él y se fue a vivir a la choza de su marido.

Fue muy feliz del otro lado del Gran Río. Su marido no tenía un palacio, pero sí tres servidores que se ocupaban de todo. Fue feliz hasta que, un día, se puso triste y empezó a mirar el cielo con impaciencia.

—¿Por qué miras así, como si esperaras algo que no llega? —le preguntó el marido.





—Porque espero algo que no llega —contestó Hija de Gran Serpiente.

—¿Y qué es?

—Es la noche —dijo Hija de Gran Serpiente—. ¡Ya casi me olvidé cómo es la luna!

—¿Qué noche? ¿Qué luna? —preguntó el marido—. Esas deben ser cosas de dioses. Nosotros los de este lado del Gran Río, no sabemos qué es la noche.

Entonces Hija de Gran Serpiente quiso explicarle cómo era:

—Es una sombra más negra que tu sombra, una oscuridad más oscura que el fondo de un pozo.

—¡Entonces es muy fea! —dijo el marido.

—¡No, es lindísima! Cuando llega la noche aparecen las estrellas brillantes y las ranitas cantoras.

—¿Qué estrellas? ¿Qué ranitas? —preguntó el marido.

Hija de Gran Serpiente le contó cómo eran las estrellas y las ranas y continuó:

—La noche es una maravilla tan grande que mi padre, Gran Serpiente, la guarda entre sus tesoros, dentro de una caja de nuez de coco.

—¡Entonces es un lujo! —exclamó el marido.

—Sí, es un lujo —dijo Hija de Gran Serpiente—. A veces, los días de fiesta, mi padre abría la caja de nuez de coco y la dejaba escapar muy despacio. Entonces empezaba la función: primero venía el atardecer, después la noche y después aparecía el lucero del alba que traía el amanecer. ¡Cómo nos divertíamos!

—Si es tan divertido, hay que pedírsela —dijo el marido.

Hija de Gran Serpiente estuvo de acuerdo con él. Entonces llamaron a los tres servidores y los enviaron a la otra orilla del río, a pedirle la caja de nuez de coco a Gran Serpiente. Los servidores partieron enseguida.

Cruzaron el Gran Río en canoa, llegaron al palacio de la selva y le explicaron al dios que iban de parte de su hija a pedir que les prestara la noche. Gran Serpiente entró en el cuarto de los tesoros y al rato apareció con una cajita marrón.

—La noche está aquí dentro —dijo. Y les recomendó—: Llévenla con cuidado; recuerden que solamente mi hija debe abrir esta caja. Si ustedes dejan escapar la noche, todo estará perdido.





Los tres servidores prometieron obedecer, tomaron la cajita, hicieron grandes reverencias y volvieron a la canoa. Regresaban por el Gran Río, cuando, de pronto, oyeron unos ruidos misteriosos: “¡Cri-cri-cri!” “¡Chist-chist-chist!”.

—¿Escucharon? —dijo uno de los hombres—. ¿Qué será eso?

El compañero tomó la nuez de coco, la acercó a su oreja y, después de escuchar con atención, exclamó:

—¡Los ruidos salen de aquí, estoy seguro!

—¡Quién sabe qué habrá ahí dentro... es mejor no averiguarlo! —opinó otro de los servidores, un hombre muy prudente.

Y siguieron navegando por el río. Pero los ruidos continuaban, cada vez más fuertes: “¡Cri-cri-cri!” “¡Chist-chist-chist!”.





Los tres servidores se miraron entre sí, muy intrigados. Uno de ellos tomó la caja y la sacudió, a ver si de esa manera dejaba de hacer ruido. “¡Cri-cri-cri!” “¡Chist-chist-chist!”. Los sonidos misteriosos no pararon. El otro la revisó por todos lados, tratando de encontrar un agujerito para espiar adentro. Pero estaba cerrada como un coco. Es claro que nosotros, que todas las noches vemos la noche y conocemos sus ruidos, sabemos que el “¡cri-cri-cri!” y el “¡chist-chist-chist!” no eran ningún misterio; eran el canto del grillo y el chistido de la lechuza encerrados en la caja. Pero aquellos hombres ni siquiera sabían que existían esos animalitos. Y se morían de ganas por descubrir el secreto del coco. Ya no pensaban en otra cosa: “¡Cri-cri-cri!” “CRI-CRI-CRI” “¡Chist-chist-chist!” “¡CHIST-CHIST-CHIST!” –Yo no aguanto más –dijo por fin uno de los hombres–. Abrámosla de una vez.



—Buena idea —dijo otro—. ¡Ahora mismo!

—Recuerden lo que dijo Gran Serpiente —exclamó el más prudente de los tres—. ¡Si la abrimos todo estará perdido! Pero ganaron los curiosos.

Los hombres desembarcaron, prendieron fuego y, con el calor, derritieron la resina que cerraba la nuez, y la abrieron. Entonces ocurrió una cosa extraordinaria: de adentro salió una sombra larga y fina que subió y subió hasta el cielo en tirabuzón.

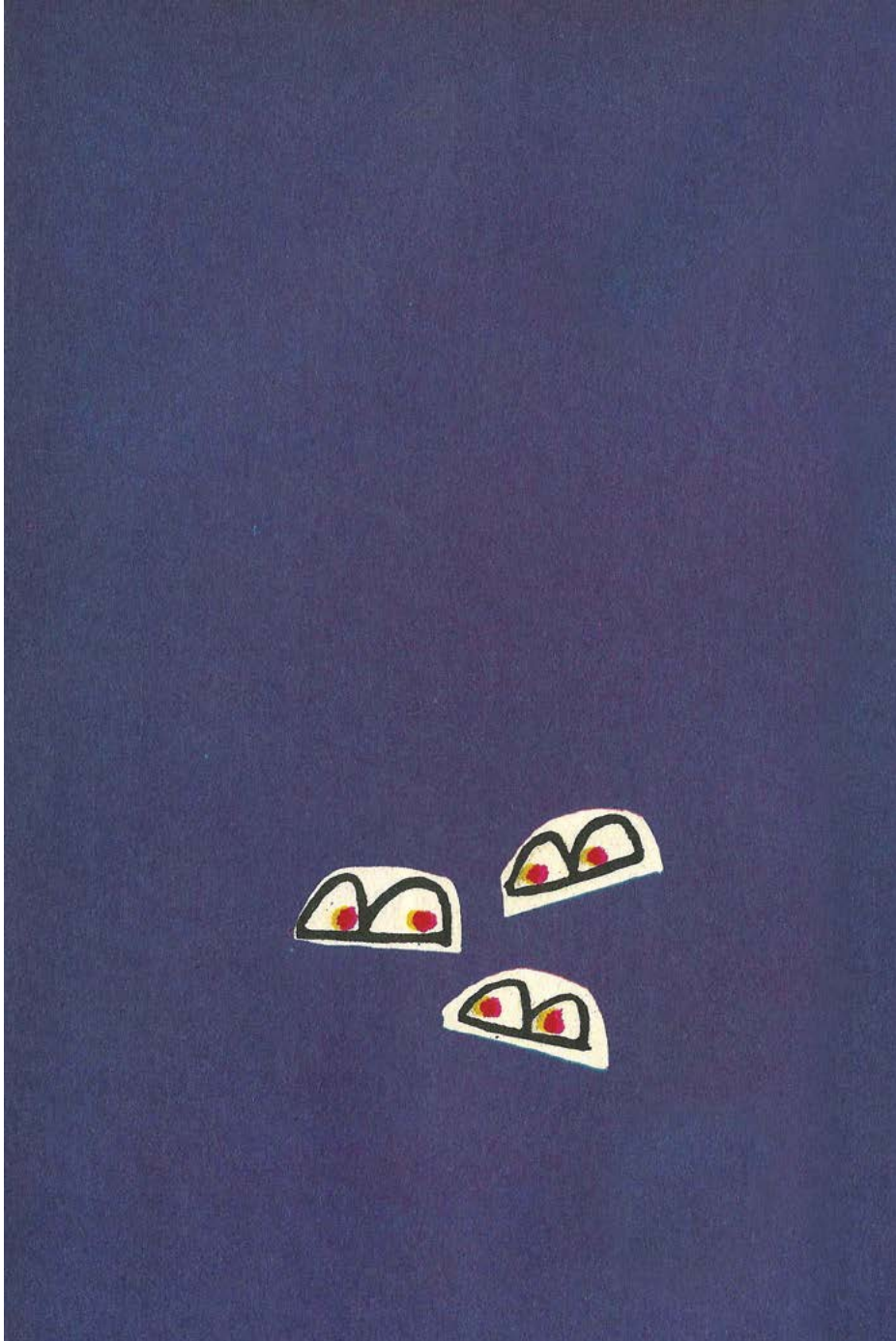
A medida que subía y subía, la cinta de sombra se hacía cada vez más ancha y se extendía como una capa negra sobre el río, sobre la selva, sobre las montañas, sobre el campo, sobre la playa, sobre el mar; era la noche que se desparramaba por el mundo y cubría la mitad de la tierra.

—¡La noche se tragó al día! —gritaron los tres servidores, muy asustados—. ¡Gran Serpiente se dará cuenta de que desobedecemos!

¡Y no pudieron decir mucho más porque, de repente,







se convirtieron en monos! En monitos marrones, color nube de coco, con caritas negras como la noche que habían dejado escapar.

Eso ocurrió en un segundo y, al mismo tiempo, sucedieron otras cosas increíbles: muchos objetos, y también algunos hombres, se transformaron en animales. Y así aparecieron los primeros animales sobre la tierra.

El pescador que iba en su canoa se convirtió en un pato: la canoa formó el cuerpo, los remos las patitas, y el pescador formó el cuello y la cabeza del pato.

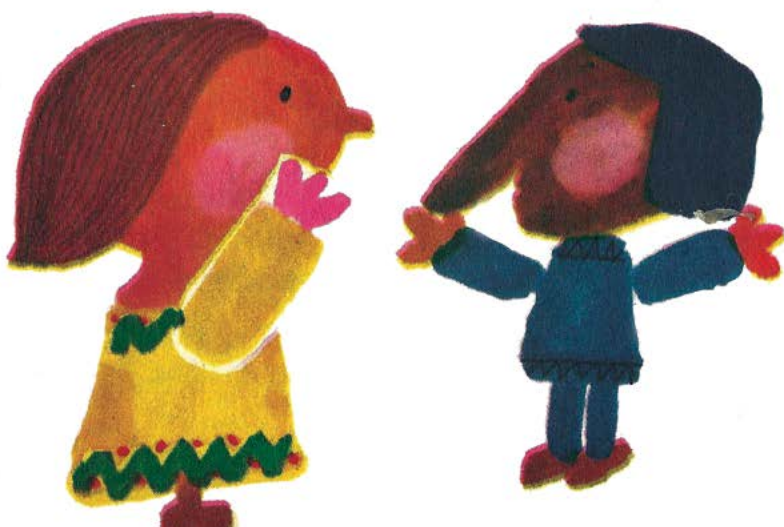
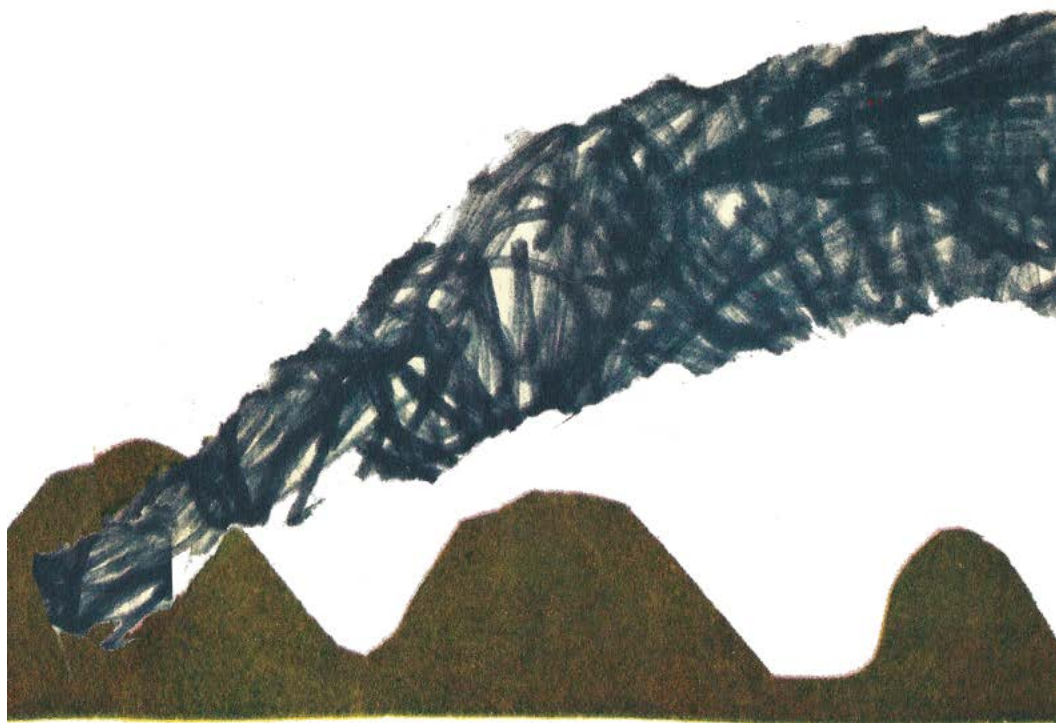
Las brasas del fuego se transformaron en un jaguar y una piedra se convirtió en coatí.

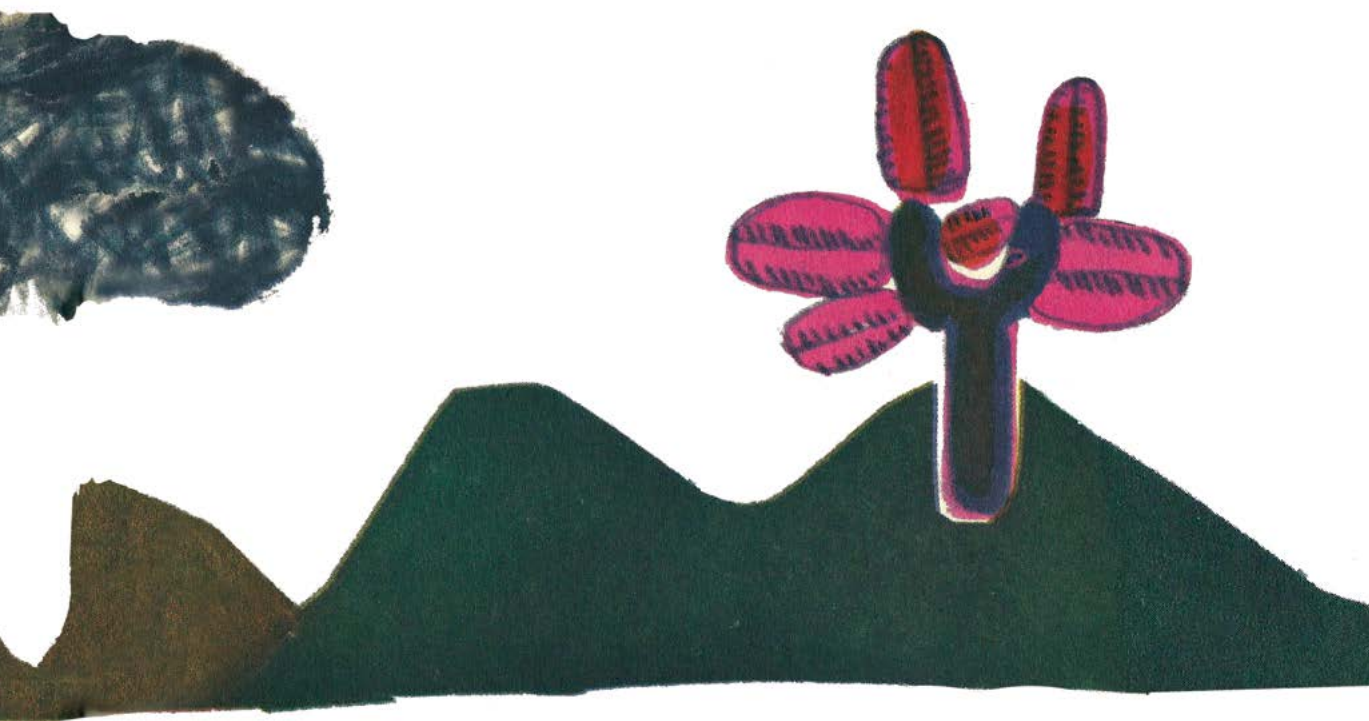
Hija de Gran Serpiente y su marido enseguida se dieron cuenta de que los tres servidores habían dejado escapar la oscuridad de golpe, de que la noche andaba suelta, mezclándose con el día, transformando hombres y cosas en animales, asustando a la gente, haciendo locuras.

—¡Ya no hay orden, todo está mezclado! ¡Todo está perdido! —gritó el marido—. ¿Cómo se arregla esto, Hija de Gran Serpiente?

—¡Ay ay ay! —se lamentó Hija de Gran Serpiente—. Arreglar el mundo es muy difícil, ¡yo solo sé arreglar nuestra casa cuando está desordenada!

Entonces el marido le dio ánimos, le pidió que pensara y, al fin, Hija de Gran Serpiente, que sabía muchas cosas por ser la hija del dios Gran Serpiente, dijo que intentaría hacer algo.





Fue a buscar una madeja de hilo marrón, lo enrolló en un ovillo y lo espolvoreó con ceniza. Después, le dijo al ovillo:

—¡Tú serás el nhambú!

Y el ovillo se convirtió en nhambú, una avecita parecida a la perdiz.

—¡Nhambú, nhambú, nhambú! —dijo tres veces Hija de Gran Serpiente—. Que empiece el orden: tú silbarás de noche y andarás con todos los pájaros de la noche.

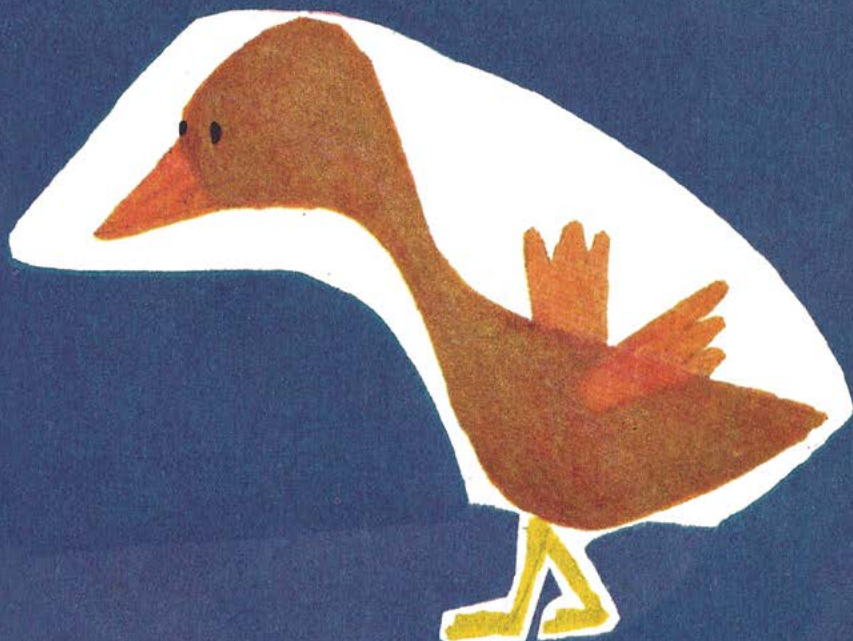


El nhambú le hizo caso y empezó a silbar, porque le correspondía silbar a esa hora.

Después, Hija de Gran Serpiente esperó. Cuando el lucero del alba apareció en el cielo, fue a buscar hilos de colores; hilos rojos, verdes, negros, azules y amarillos. Después, los enrolló en ovillo y le dijo al ovillo:

—¡Tú serás el kujubín!

Y los hilos se convirtieron en el kujubín, que es una especie de gallito.





—¡Cujubín, cujubín, cujubín! —dijo tres veces Hija de Gran Serpiente—. Ya empezó el orden: tú cantarás cuando aparezca el lucero del alba. Cantarás muchas veces para espantar la noche, para que salga el sol.

El gallo miró al cielo y vio que había aparecido el lucero.

Entonces aleteó muchas veces y cantó con todas sus fuerzas hasta que, por fin, aparecieron los primeros rayos del sol.

¡Ya no había peligro! ¡Viva Hija de Gran Serpiente, que ordenó el mundo como si fuera una casa!

El marido la abrazó y los dos bailaron de alegría. Desde aquella vez, en este lado del Gran Río y en todo el mundo hubo noches y días, y animales del día y de la noche, y flores que de noche cierran sus pétalos y “damas de la noche” que los abren y personas que dicen “¡Buenas noches!”.

Hija de Gran Serpiente le mostró a su marido la luna y las estrellas; le enseñó las Tres Marías, las Siete Cabritas del cielo y ese camino de estrellas que se llama Vía Láctea.



Dicen que, al principio, todos los habitantes de la tierra dormían de día y se despertaban a la tarde para ver el atardecer, la noche y la madrugada. Y cuando aparecía el sol aplaudían como si hubiesen visto una gran función. Pero después se acostumbraron, como nosotros.

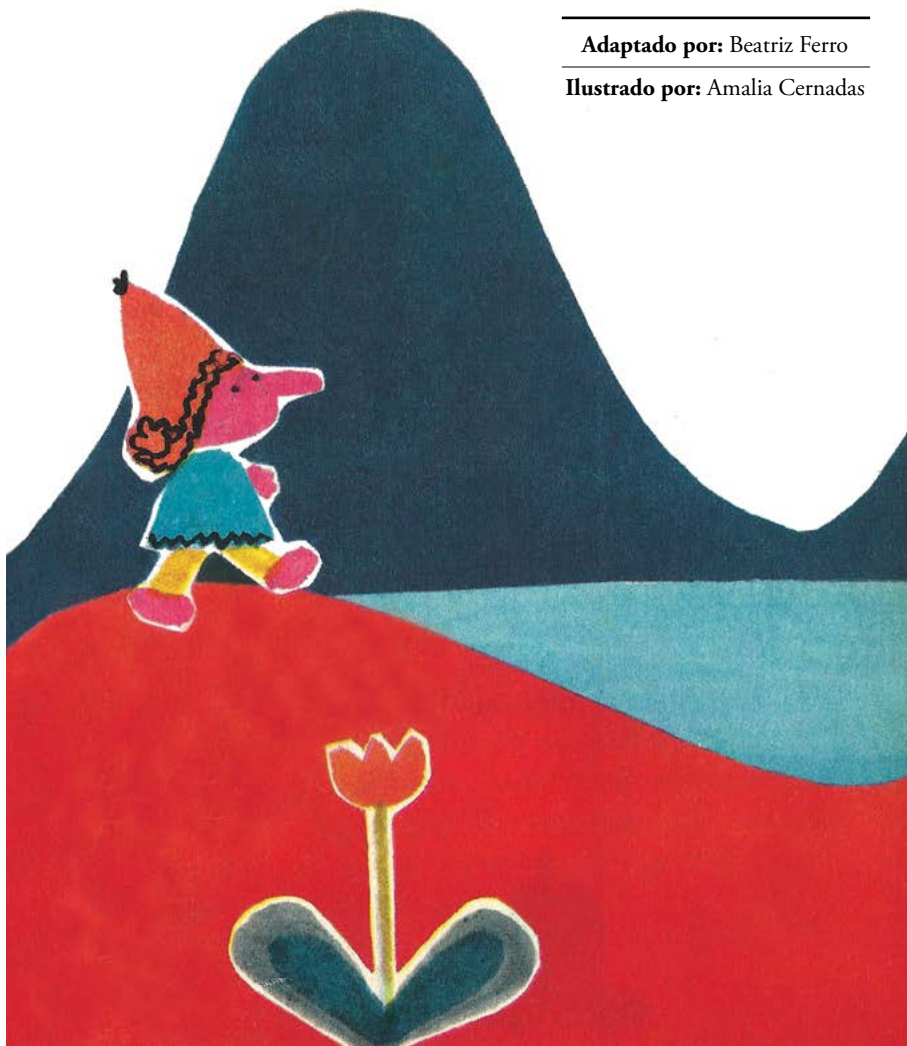


fin

Las montañas de Coquena

Adaptado por: Beatriz Ferro

Ilustrado por: Amalia Cernadas





Todas las mañanas, Nico, el cholito, salía con las cabras. Llevaba su poncho y su flauta. También llevaba, en una bolsita de cuero, maíz tostado para comer en la montaña.

Las cabras mordisqueaban el pasto y trepaban por las rocas, y el cholito las seguía. Andando y andando pasaban junto a los cardones y llegaban al arroyo. Allí, el cholito se sentaba y miraba lejos, lejos, las cumbres llenas de nieve. Y a veces veía al cóndor, que volaba muy alto en el cielo azul.

Una mañana las cabritas se fueron por un camino por el que nunca habían ido. Nico, el cholito, se fue tras ellas y así, andando y andando, llegó el mediodía. Entonces Nico se encontró con un indio viejo que llevaba un rebaño de llamas. –Comamos tu maíz tostado –le dijo el indio viejo al cholito. El cholito compartió su almuerzo y cuando el viejo y su rebaño de llamas se alejaron, juntó sus cabras y anduvo un poco más, pero siempre por el lado de los cerros que no conocía. Así, andando y andando, él y sus cabritas, de pronto se encontraron en un valle escondido.

En el valle, el cholito vio muchas vicuñas, tantas vicuñas como nunca había visto en su vida.

Mientras Nico, con los ojos muy abiertos, las miraba, las vicuñas se juntaron en el centro del valle. Después echaron a andar como si alguien las arreará, treparon por un caminito y desaparecieron por el filo del cerro.

–¡Es Coquena, Coquena que las lleva! –se dijo el cholito. Y se quedó muy quieto.

El cholito sabía que Coquena se hace invisible para mover



de un lado a otro los rebaños. También sabía que Coquena, el dios pastor, se roba las llamas, cuando el dueño las carga demasiado.

Nico, el cholito, nunca había visto a Coquena. Solo una vez lo había oído silbar, en la tardecita, detrás de los cardones.

Son pocos los que han visto a Coquena, el dios enano; a Coquena, que lleva pantalón y sombrero de lana de vicuña. Que calza ojotas, como Nico, el cholito.

Coquena tiene una mano liviana, liviana, de lana. Y otra mano pesada, pesada, de plomo. Una mano de plomo para castigar a los cazadores que matan las vicuñas y las llamas.

Pero el cholito, aunque se quedó mirando y mirando el filo del cerro por donde se fuera el hato de vicuñas, no tuvo miedo porque el dios protege a los pastores.

Pensando en Coquena, seguía detrás de un rebaño, callado, olvidándose de tocar la flauta y de comer el escaso maíz tostado que le quedaba en su bolsita de cuero.

Y andando y andando, al doblar un camino, el cholito vio, echada entre las rocas, a una vicuña con una pata que sangraba. Nico, despacito, despacito, se acercó. La vicuña lo miraba, lo miraba y no trataba de escaparse. Entonces el cholito estiró la mano, y la acarició; después arrancó una tira de su camisa y le vendó la pata lastimada.

La vicuña lo seguía mirando, mirando... Y el cholito se asustó un poco, porque esos ojos que lo miraban no parecían ojos de vicuña... Entonces la vicuña se levantó... ¡y ya no tenía la pata herida! Tampoco tenía la venda que le ajustara el cholito. Nico, asombrado, la miraba andar por el caminito entre las peñas. Y mirándola, de pronto, vio que la vicuña no era más



una vicuña. Era un hombrecito que calzaba ojotas,
un hombrecito con sombrero y pantalón de lana,
que se alejaba por el camino.



—¡Coquena... Coquena...! —murmuró el cholito. Pero el dios de las vicuñas, silbando, ya se perdía en las montañas. Mucho rato estuvo el cholito mirando las peñas por donde

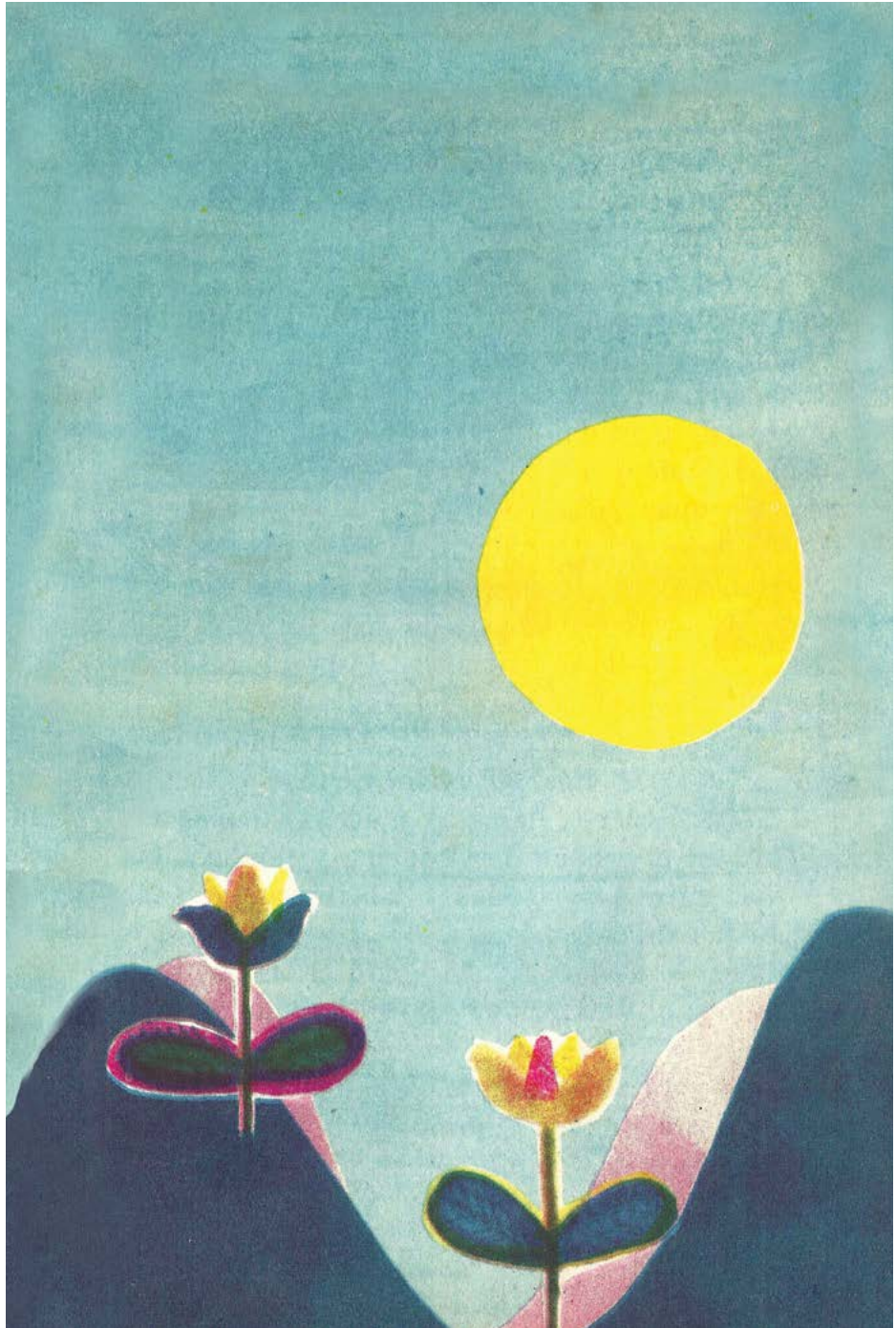


se fuera Coquena. Y entretanto la neblina subía por el valle y el viento se acercaba a la montaña. Cuando Nico, el cholito, quiso reunir sus cabras para tomar el camino de regreso, ya el viento silbaba entre las rocas y la niebla escondía el rebaño. El cholito llamaba a las cabras por sus nombres:

—¡Linda...! ¡Dulce...! ¡Manchada...!

Una por una las llamaba a todas, pero solo el viento le contestaba. Y solo la niebla se acercaba a él.

Mucho tiempo caminó el cholito, vacilando entre el viento, cayéndose a cada rato, lastimándose las rodillas, golpeándose la cara, y no encontraba a sus cabritas perdidas en la oscuridad.



Al fin, cansado y llorando, el cholito se acurrucó debajo de unas peñas y se durmió.

Pasó la noche y la tormenta.

A la mañana, un rayo de Sol pintó las rocas y después se acercó a Nico y le tocó la cara.

—Mis cabras —lloró el cholito, despertándose. Y se levantó y corrió a mirar el valle.

Y entonces oyó un largo silbido, el silbido de Coquena. Y vio al dios arreando vicuñas y llamas por el valle. Muchas llamas y muchas vicuñas vio el cholito en el rebaño de Coquena, y también vio corretear, entre las vicuñas y las llamas, a todas sus cabritas salvadas.

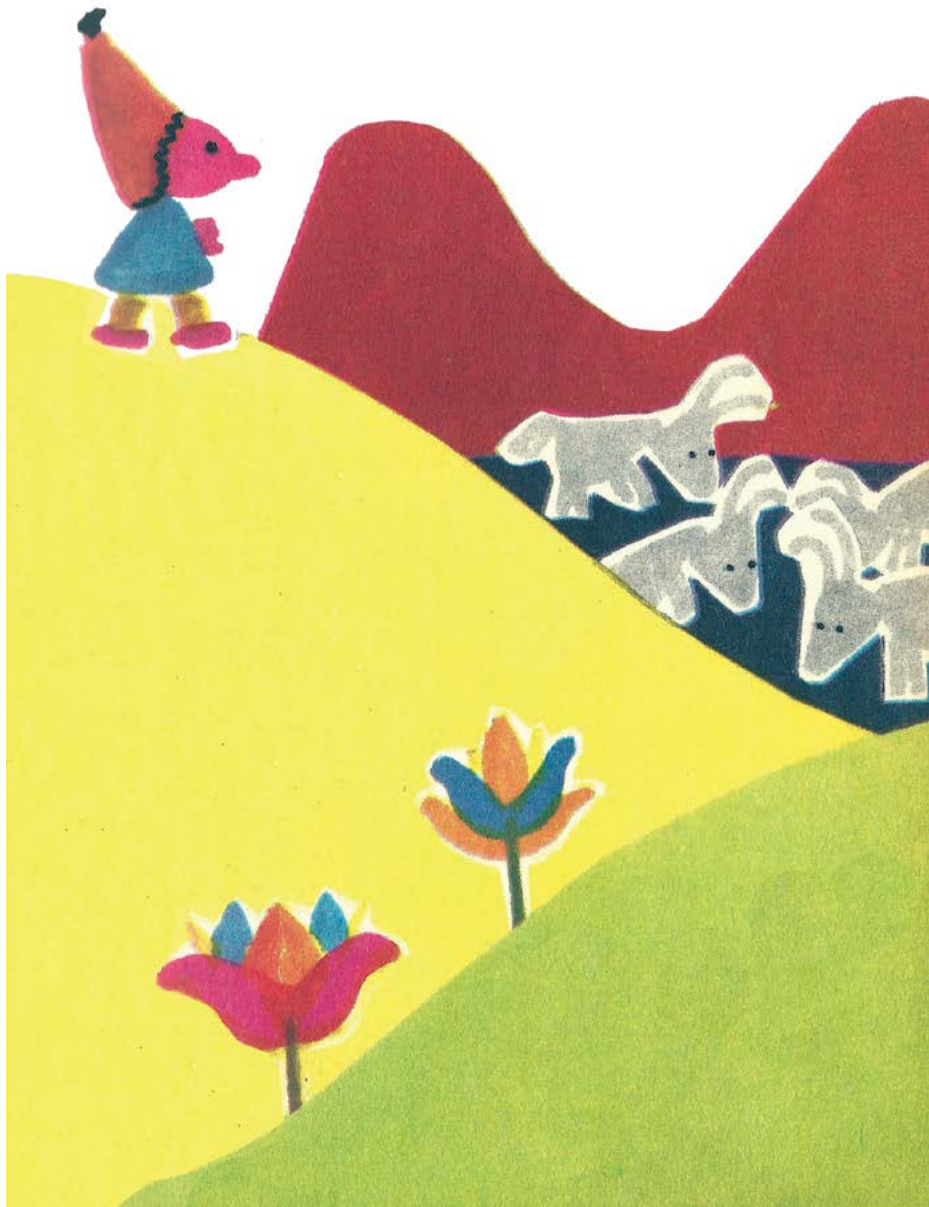
—¡Coquena... Coquena...! —gritó el cholito.

Y oyó silbar al dios pastor y lo oyó silbar de nuevo, y después lo vio alejarse con sus vicuñas y sus llamas por un camino entre las peñas.

Pero a las cabritas las dejó en el valle. Y allí las encontró Nico, el cholito.

Con ellas, andando y andando, volvió por los cerros. Allá lejos volaba el cóndor y brillaban las cumbres nevadas. Cruzaron un arroyo, pasaron junto a los cardones, y el cholito sopló su flauta y la flauta cantó para Coquena.

Nico, el cholito, siguió soplando. Era la media mañana y ya se veía, cerca, su casita de piedra.





Historias de América

Eireté la indiecita

13

El fuego y los cuentacuentos

31

Los dioses campeones

61

Panambí e Irupé

93

El cuento de la noche

105

Las montañas de Coquena

129

Los cuentos de Polidoro

1. *Pulgarcita* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
2. *El gigante y el viento* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
3. *El gato con botas* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
4. *El patito feo* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
5. *Juan y la planta de habas* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
6. *La bella durmiente* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
7. *El soldadito de plomo* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
8. *El viaje de los animales* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Hermenegildo Sábat.
9. *El ruiseñor* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
10. *El traje del emperador* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Ajax Barnes.
11. *Capercucita Roja* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
12. *La Cenicienta* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
13. *Los tres deseos* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Oscar Grillo.
14. *La suerte del leñador* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Napoleón.
15. *Los músicos de Bremen* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
16. *Alí Babá y los 40 ladrones* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
17. *El sastrucillo valiente* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
18. *Aladino y la lámpara maravillosa* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
19. *El ganso de oro* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
20. *El fuego y los cuentacuentos* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
21. *Hansel y Gretel* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
22. *El pozo de las monedas* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Napoleón.
23. *Simbad el marino* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
24. *La bolsa encantada* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
25. *El cuento de la noche* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
26. *El caballo volador* Texto: Horacio Clemente / Ilustraciones: Napoleón.
27. *Brita y las nornas* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
28. *El hada Globo Azul* Texto: Neli Garrido de Rodríguez / Ilustraciones: Alba Ponce.
29. *Los dioses campeones* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
30. *El espíritu del bosque* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
31. *El príncipe sapito* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Agi.
32. *El príncipe que perdió la risa* Texto: Neli Garrido de Rodríguez / Ilustraciones: Alba Ponce.
33. *La selva del Yasí-Yateré* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
34. *El atado de heno* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
35. *Las aventuras de Pinocho* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
36. *Pinocho, el gato y la zorra* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
37. *El árbol de la luna* Texto: Beatriz Ferro / Ilustraciones: Amalia Cernadas.
38. *Pinocho y el hada azul* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.

39. *El duende de la granja* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
40. *Pinocho en el país de los juguetes* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
41. *La Tierra ya está hecha* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ajax Barnes.
42. *Pinocho y la ballena* Texto: Inés Malinow / Ilustraciones: Oscar Grillo.
43. *Teseo y el minotauro* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones Ajax Barnes.
44. *Meñique* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
45. *En el país de los gigantes* Texto: Yalí / Ilustraciones: Chacha.
46. *La pajarita de papel* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
47. *Pandora* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones Ajax Barnes.
48. *La cigarra y la hormiga* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
49. *Las aventuras de Ulises* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ajax Barnes.
50. *El rey y el leopardo* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
51. *La flecha mágica* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Ajax Barnes.
52. *U-Lan. El hombre de la luna* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
53. *Las trampas del Curupí* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
54. *El ratón azul* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
55. *Las alas de Bolita* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
56. *La zorra y las uvas* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
57. *El gigante Jacinto* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
58. *Bambú, el elefante negro* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
59. *El cumpleaños de la Tía Emilia* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
60. *El tesoro de los incas* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
61. *La lechera y el cántaro* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
62. *El castillo del sol* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ruth Varsavsky.
63. *La hija de la tierra* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
64. *El elefante triste* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
65. *La tortuga y los patos* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Marta Gaspar.
66. *Anguyá el invisible* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
67. *Los mellizos de la Pachamama* Texto: Yalí / Ilustraciones: Ignacio Corbalán.
68. *Los sueños de José* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
69. *La rebelión de Marfisa* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
70. *El viaje de Jonás* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
71. *El mundo de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
72. *El arroyo cantarín* Texto: Aurelio Queirolo / Ilustraciones: Gioia Fiorentino.
73. *La descomunal batalla de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
74. *El gato Perejil* Texto: Beatriz Mosquera / Ilustraciones: Alba Ponce.
75. *El arca de Noé* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
76. *Don Quijote, el Caballero de los Leones* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.

77. *David y Goliat* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
 78. *Sancho Panza, gobernador* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.
 79. *Jehová y la creación del mundo* Texto: Beatriz Barnes / Ilustraciones: Ajax Barnes.
 80. *La vuelta de Don Quijote* Texto: Cristina Gudiño Kieffer / Ilustraciones: Oscar Grillo.

De: *Más libros para más. Colecciones del Centro Editor de América Latina*. Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2007.



Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.

**Afiche
de promoción
en vía pública**

1967

tomo
Nº

3

Eireté la indiecita
El fuego y los cuentacuentos
Los dioses campeones
Panambí e Irupé
El cuento de la noche
La montaña de Coquena

ARGENTINA
NOS INCLUYE



Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.